

# MALABARES EN MANADA



Antología del Grupo Letras

MALABARES EN MANADA

# MALABARES EN MANADA

Antología del Grupo Letras

Departamento de Desarrollo Artístico

Universidad EAFIT

2023

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**

Malabares en manada  
Grupo literario Letras, 2023  
Departamento de Desarrollo Artístico

ISBN: 978-628-01-2178-9  
Primera edición, 2023

**Ilustración de la portada:**

Mariana Sanín Ángel.

**Edición y prólogo:**

Daniel Bravo A.

**Corrección de estilo:**

Elsa Vásquez.

**Diseño y diagramación:**

César Franco Restrepo,  
Departamento de Marca, Universidad EAFIT.

**Impresión:**

Transparencia Duo  
Hecho e impreso en Colombia

# Índice

Prólogo .....	11
La limpia .....	19
Guadalupe Rivera	
El último cigarrillo con Roberto Soto .....	25
Agustín Sosa	
El pájaro sigue vivo .....	30
Daniel Naranjo	
Espantagrillos .....	32
Óscar Darío Villa Ángel	
El príncipe en reversa .....	35
Pablo Patiño	
Cuando descubrió su reflejo .....	40
Marta María Peláez Gaviria	
Nuestra casa .....	41
María Claudia Mejía-Gil	
Good morning, mosca .....	45
Camila Avril	
Palomitas .....	47
Natalia Torres Jaramillo	

El cardumen.....	52
Carlos I. Echavarría S.	
En el agujero .....	60
Alma Escobar	
Siete .....	63
Adriana Gómez Mosquera	
Juguemos en la cama mientras el cazador está.....	65
Marta María Peláez Gaviria	
La Carestía la bestia. Crónica del Holomodor .....	66
Alejandro Cárdenas Gómez	
Maullidos en la corte .....	79
TRA	
Dog Fish.....	83
Daniela H. Zapata	
Prioridades de balcón .....	87
Pablo Sierra Saldarriaga	
Huevos estrellados .....	89
Ana María Cadavid	
Reflejo .....	95
Isabella Morales Ríos	

Hay una araña en tu chocolatera .....	97
Natalia Torres Jaramillo	
Sabor agrio .....	99
Adela Mesa M.	
Un mal personaje .....	102
Juan Daniel Arias Mejía	
Q .....	103
Pablo Patiño	
Desvelo .....	104
Julieta Ramírez Rossi	
La cierva blanca .....	109
Estefanía Roncancio Vergara	
Pájaros en la cabeza .....	111
Daniel Naranjo	
Agripina .....	119
Miguel Echavarría Vásquez	
Animal Planet .....	126
Paula Andrea Gaviria	
Sobre los autores .....	131

# Prólogo

# Todos los animales van al fuego

*Escribir es usar la palabra como carnada para pescar lo que no es palabra.  
Cuando esa no-palabra, la entrelínea, muerde la carnada, algo se escribió.  
Una vez que se pescó la entrelínea, con alivio se puede echar afuera la palabra.*  
—Clarice Lispector

## 1

Es mejor no usar desodorante si uno quiere fotografiar a un puma. De la misma manera, a una vaca hay que acercársele por delante. Con los gorilas no se puede entablar contacto visual ni mucho menos sonreírles. Y si una jirafa llega a agachar la cabeza, hay que corresponderle con una reverencia igual. Los cocuyos se atraen apagando todas las luces, parándose en medio de un potrero y haciendo con las manos una concavidad que, al golpear una palma contra la otra, produzca un chasquido seco, como un tronco mojado quebrándose. Se debe repetir el sonido en intervalos hasta que, al abrir las manos entre un golpe y otro, el cocuyo ya esté alumbrando dentro de ellas.

Hay una cierta forma animal de hacer las cosas. Algo parecido ocurre con la literatura, si me dispensan la capacidad por ahora humana de la símil. Desde ponerle nombre a sus personajes hasta describir cómo se pela una mandarina, cada escritor tiene una manera propia de hacer lo que

hace, su maña para acercarse a las palabras, acariciarles el lomo y, si ese día no tienen humor de perros, cabalgarlas hasta lo profundo del bosque. Estas señas quedan fosilizadas en la página y cuando recorremos el texto podemos ver en él los arañazos en el tronco de un poeta, o la rama que quedó partida cuando levantó vuelo una escritora o, ¿sí huelen eso?, el almizcle que produce una historia cuando sabe que se acerca alguien a leerla.

Esa huella, esa escritoricidad del escritor, llamémosla su instinto.

## 2

Hablo del instinto porque pensar en él es una de las consecuencias de hacer parte de un taller literario como el Grupo Letras (y porque, confieso, me parecía una buena manera de comenzar este prólogo). En mi opinión, lo que busca un taller de este tipo son tres cosas:

- 1) Expandir el horizonte de lecturas de sus participantes,
- 2) enseñarles a leer como alguien que quiere escribir,
- 3) enseñarles a pensar como alguien que escribe.

Si una o dos o, alabado sea el señor, esas tres cosas ocurren, lo más probable es que sus participantes comiencen a confrontar su escritura. Es decir, a preguntarse por qué escriben como escriben, o por qué escriben sobre esos temas, o por qué les gusta tanto ese género, o muchos otros por qué importantes. Y si en el taller también se promueve la curiosidad —como debería ser—, esas preguntas van a llevar a que intenten escribir de otras formas, o de otros temas, o que se aventuren a otros géneros, etc., etc., ustedes entienden el punto. El resultado de todo esto es que quienes hacen parte del taller van a buscar y encontrar y desarrollar y, eventualmente, afianzarse en su escritoricidad, en la singularidad con la que hacen las cosas. En su instinto. No importa si el resultado es bello como un ciempiés o aterrador como una mariposa o imposible como un gatopájaro: lo que importa es que cada escritor sepa qué es lo que quiere ser y que lo sea de la mejor manera posible (es decir, de la manera más honesta consigo mismo).

Este libro reúne el resultado de esas preguntas. El Grupo Letras ha pasado los últimos años leyendo, escribiendo, reescribiendo y editando y reescribiendo otra vez hasta lograr estos textos, en los que cada escritor ha dejado la huella de su especie. El exceso de metáforas, ideas y palabras asociadas al mundo animal no es gratuito: como reto adicional el taller se propuso que todos los textos tuvieran algo de animal en ellos. Ahora que esas creaciones aprendieron a reptar o a volar, es momento de dejar que abandonen el zoológico donde estaban cautivas y lleguen a ustedes, los lectores, los protagonistas de este safari.

### 3

Se habrán dado cuenta de que “enseñar a escribir” no hace parte de las cosas que un taller literario hace. Mucho se debate y mucho se debatirá si la escritura literaria puede enseñarse. Como director del grupo, como profesor de clases de este tipo y como graduado de un programa así, imaginarán que mi opinión no es la más objetiva. Por supuesto que creo que vale la pena estar en un taller como este. Sin embargo, también comparto el escepticismo de Vanni Santoni o Natalia Ginzburg, quienes dicen que lo que se enseña como tal no es la escritura literaria, sino una serie de cosas importantes alrededor de ella, resumidas en los tres puntos que mencioné antes. No puede enseñarse a escribir simplemente porque: “la vastedad infinita de las posibilidades de un texto narrativo implica que, asimismo, existan infinidad de cosas que se pueden escribir de infinitas formas. En consecuencia [...] cada texto necesita encontrar sus propias estrategias”, dice Santoni en *Para escribir hay que leer*, donde ahonda de una manera mucho más clara y entretenida estos asuntos. Por supuesto, a veces un profesor o una compañera son buenos consejeros frente a un texto, pero la verdad es que cuando el gallo canta a las tres de la mañana el escritor está solo con su texto y en su soledad debe escribirlo.

## 4

Si han tenido la suerte de convivir con un gato, sabrán que enseñarle algo es particularmente difícil. Es decir: como las ratas o las palomas, los gatos son inteligentes, sociales y disfrutan jugar, pero, a diferencia de ellos, entrenarlos es una lucha de voluntades: la de uno contra la de él. Se dice que el comportamiento del gato es más instintivo que aprendido, y que por eso parece tener su agenda propia o, como mínimo, un poco de incredulidad frente a la nuestra.

Algo tendrá que ver que no haya una única teoría evolutiva sobre la domesticación de los felinos. Una de ellas especula que los gatos se acercaron a nosotros por su beneficio propio. Cerca al fuego que encendían los humanos había calor, cerca a sus hogares había abundancia de comida y esa cercanía les habrá sido correspondida con alguno que otro apapacho placentero.

Un misterio similar flota sobre la creación literaria. Clarice Lispector lo dice en *La manzana en la oscuridad* o *El huevo y la gallina* o en el epílogo de este prólogo, un fragmento de un texto titulado *Notas sobre el arte de escribir* que se le atribuye. Escribir es tan extraño y multiforme y tiene tantas infinitas avenidas que, por más talleres que existan en el mundo, a veces lo único que se puede hacer frente a un texto es aguardar en silencio.

.  
. .  
. . .

Así que lo hacemos. Y para que cada escritor no se sienta tan solo, la función de un taller es avivar el fuego en sus cavernas, dotarlos de un buen suministro de carne fresca y entrenarlos en el arte de la quietud, para que la sombra misteriosa de la creación tenga motivos para acercárseles y ellos puedan, instintivamente, agarrarle así sea la punta de la cola.

## 5

A pesar de ese extraño misterio, a veces nos es permitido entender el porqué de las cosas. El puma tiene buen olfato, la vaca tiene un punto ciego detrás, el gorila es territorial, las jirafas son diplomáticas, los cocuyos, los cocuyos no puedo explicarlos.

Ahora que me he sincerado con ustedes puedo revelarles el porqué de este prólogo. Tan solo quería desearles una buena expedición, y que disfruten este libro tanto como nosotros lo hicimos al escribirlo.

Disculpen tantas vueltas y trucos para decirlo; fue mi instinto.

**Daniel Bravo Andrade**

Director

Grupo literario Letras

# **Malabares en manada**

# La limpia

Guadalupe Rivera

Te presento, Óscar Julio Piendamó Ramírez. Llegas puntual a la cita con el profesor Landon, ansioso, un poco asustado. Tu amigo, medio en secreto, medio en confidencia, lo recomendó, y tú, que tanto has intentado curarte el problemita, dijiste: Bueno, uno más, qué más da. Entonces aquí estás, ya entraste, un poco avergonzado, sin detenerte mucho en las letras bellamente cursivas pero un poco ilegibles del cartel afuera del local:

*Profesor Landon*

*ESOTÉRICO*

y no sabes qué te espera, no sabes, sobre todo, que yo te espero.

Eso es, siéntate allí, al lado de ese hombre joven concentrado en su celular que escribe sin preocuparse demasiado por ocultar sus mensajes; mira aquella señora enfrente tuyo, su ceño fruncido, empeñada en ignorar a la cabizbaja jovencita sentada a su lado, visiblemente incómoda; sigue a ese señor de saco y corbata que les da la espalda a todos mientras recorre la salita leyendo en las paredes el detalle de las artes en las que es ducho el profesor Landon:

Limpieza del aura  
Exorcismo y liberación de espíritus  
Regreso del (la) amado(a)  
Sanación de magia negra con magia blanca  
Tarot de Marsella  
Cura de impotencia y frigidez  
Limpia y alejamiento del mal de ojo

cada una explicada con profesionalismo y en un lenguaje carente de emoción o propaganda. A la salida, o a la entrada, según como lo veas, hay un cartel con los siete chakras, enmarcado y protegido por un vidrio esmerilado. Piensas que no podrías estar en mejores manos, que llegaste al lugar correcto, que ahora sí, por fin, Óscar Julio Piendamó Ramírez, sacarás de tu cuerpo la mala leche y empezarás a vivir como nunca has podido.

Ahora miras tu reloj: ¿para qué? El tiempo es un invento curioso de los hombres, al que le dieron leyes y medidas solo para desear que no se cumplan. Ya pronto empezará la función y tú estás cómodo, inquieto pero cómodo, respirando lento, llenándote la barriga de aire tal y como aprendiste en las clases de yoga tántrica, tan tediosas y costosas, tan inútiles para ti. ¡Atento! Ya empieza: mampara de madera con puerta y ventana pequeña, ambas cerradas: mira cómo miran todos a la vez cuando la ventanita se abre con un ligero chasquido de aldaba, la cara del niño que los ve, serio, y se detiene en el hombre de traje y corbata, un gesto de cabeza que le indica la puerta invitándolo al consultorio. Es un engreído, ya te habrás dado cuenta: va sin reparar en nadie, altivo y seguro. Después de pasar sus manos

por las solapas del saco, desaparece y se cierran al mismo tiempo puerta y ventana. Quedas con el resto a la espera de tu turno.

Tu cita tiene un retraso de media hora y también están retrasadas las citas de los otros. ¡No sabes cuánto me alegro! Yo amo la vida, especialmente hoy, Óscar Julio Piendamó Ramírez, casi tanto como odio el día que decidiste hacerle caso a tu amigo y acudir a las artes del profesor Landon. Amo la vida, pese a todo, aunque tenga que conformarme con la sangre seca de una lechuga mustia, aunque viva sin hembra, aunque haya olvidado el sonido de la selva. Ahora el joven regresa a su celular, mientras que la señora intenta abrazar a la jovencita, un gesto conciliador que ella rechaza sacudiendo sus hombros con fastidio. Hiciste tiempo: separaste la mañana para asimilar el resultado de la consulta, el vómito que de seguro te producirá la bebida que según tu amigo te dará el profesor y que debes tomar en sorbos pequeños, sin asquearte por su sabor o su olor.

La puerta se abre de nuevo y ves salir al señor del traje con el saco en el brazo, el nudo de la corbata abierto, descompuesto y con trazas de haber llorado. De dos trancazos alcanza la salida, pero se detiene un momento frente al afiche de los siete chakras, y con el dedo medio de la mano derecha va señalando, con un dejo de tristeza, los puntos en su propio cuerpo: coronilla, entrecejo, cuello, pecho, estómago, vientre, sexo. Mira de reojo y con cierto odio antes de salir a la luz radiante del mediodía que se aproxima. Tranquilo, que a ti no te pasará lo mismo. El odio es una herida que supura desde adentro, siempre húmeda y sin costra, hambrienta de carne viva, resistente, y tú no odias, Óscar Julio Piendamó Ramírez, maldito tú entre todos los consultantes. Ya la ventanita se abre con su chasquido. El niño, tan serio como antes, no tiene necesidad de hacer ningún gesto: se limita a fijar su mirada en la mujer y la jovencita: ellas, como animadas por un resorte, saltan de sus asientos y se acercan a la puerta entreabierta. El muchacho se vuelca de nuevo en su celular apoyado en la pierna cruzada, y tú miras el reloj calculando si podrás volver a la oficina para atender los asuntos que dejaste pendientes.

Eres un tonto, Óscar Julio Piendamó Ramírez, un tipo ingenuo, poca cosa. ¿Qué crees? ¿Que el profesor Landon te sanará? ¿Que podrás beber sorbo a sorbo un emplasto asqueroso? ¿Que superarás tu mal, según tu madre una ojeriza causada por la vecina infértil? Vas hasta la puerta abierta que da a la calle. Los carros deben parar en el semáforo y, desde los buses, algunos pasajeros se entretienen con el consultorio, curiosos y desocupados. Miran con sorna por unos segundos. Se burlan del negocio de Landon. No: ¡se burlan de ti como lo hago yo, infortunado, maldito, enfermo, menos que nada, desgraciado Óscar Julio Piendamó Ramírez! Te refugias en las sombras de la sala de espera como lo que eres, un criminal en potencia. Míralas: ya vienen la mujer y la joven. Salen del consultorio transformadas, radiantes, cogidas de gancho como un par de adolescentes, los ojos rebosantes de cariño, sonriéndose. En la puerta de la calle ponen sus manos a manera de visera para acallar un sol que cae a plomo. Lo último que escuchas de ellas es una carcajada que no suena a burla sino a felicidad plena, como si hubieran cruzado una meta juntas. Sientes un cosquilleo de esperanza, quieres esa risa para ti esta noche, sueñas con un largo placer, oleadas tumultuosas de colinas blandas.

Chasquido de ventanita otra vez. Este es tu momento: los ojos del niño y los tuyos se encuentran. Empujas con los dedos la puerta entreabierta y aquí está, de pie tras una mesa redonda con dos sillas de respaldo alto, desproporcionadas con relación a la mesa. Aquí está, tu salvador: le calculas metro y medio, los ojos saltones, más bien brotados, barba larga y descuidada que empieza a encanecer y una bata de satín blanco con rebordes dorados que cae al suelo ocultándole los pies. Del niño no hay trazas, y Landon, ese sátrapa, te indica el asiento a su derecha. El consultorio es más sencillo de lo que habías imaginado. Las paredes son blancas con bulticos soportados en repisas pintadas todas de color rojo: un Jesús con los brazos abajo emanando luz de sus dedos. Un Krishna azul, bello y femenino. Una Pachamama de rasgos indígenas y manto colorido. Un Buda rechoncho y sonriente. Un Quetzalcóatl de plumas amarillas. Una Virgen de Guadalupe compartiendo espacio con una Kali de aspecto feroz y desenfrenado...

La voz del profesor detiene el recuento santoral y secuestra tu mirada.

—Óscar, querido ser de opaca luz: ¿cómo te sientes en este momento?

No te sorprende que sepa tu nombre, pues al pedir la cita lo dijiste completo, como sueles hacerlo, pero te juro que no te esperas lo que viene ahora.

—Te he puesto a mi derecha, Óscar —no te da tiempo de responder a su saludo—, porque eres el último consultante del día, porque tu condición no es la condena que crees, porque eres un ser de temores y porque voy a limpiarte la ojeriza de tu vecina.

¡Se te va el aire! Esperabas contarle tu secreto a ese hombre pequeño, barbudo y ojibrotado, y reírte con él de las supersticiones de tu madre, pero Landon ya sabe de tu desdicha y te hace sentir desnudo y minúsculo, como un muchachito pillado haciendo trampa en el colegio.

El niño sale de la nada con una caja transparente entre sus manos. La sostiene con ceremonia: teme que se le resbale y que me escape antes de tiempo, teme que mi ponzoña lo envenene. Está contento de que por fin se libraré de mí, una boca menos que alimentar, más espacio para los conejos, los gallos y las palomas. Desaparece luego de entregársela al profesor, para volver con un vaso rojo que imaginas contiene el bebedizo maloliente. El niño te acerca el vaso, te mira aún más serio que desde la ventana, una mirada dura, implacable, y se adentra en las sombras del consultorio. Landon abre la caja y me pone sobre el impecable mantel blanco que cubre la mesa. Esto es lo que soy, veme sin miedo: un insecto grande, de color pardo, que el profesor sostiene con sus dedos sin apretarme demasiado mientras bato mis alas con desespero. De un baulito de madera que tiene a su izquierda saca una navaja que parece nueva, mango de nácar adornado con una lágrima de turquesa, la piedra de tu signo zodiacal. No creas, no es coincidencia: yo se lo revelé al profesor sin pensar en que debí de haber mentido para que tú, ese amasijo de superchería que eres, Óscar Julio Piendamó Ramírez, sospecharas la mentira y salieras presuroso, dejándome la vida.

—Machaca, machaca macho —te dice Landon, esa piltrafa, y se oye un rumor de terciopelo—. No parpadees, Óscar, ser de luz eres, mírala, no dejes de mirar: verás manar sus entrañas, pues la ojeriza te la hicieron con una hembra, y ahora voy a limpiarte de su influjo con este macho, a restablecer tu luminoso equilibrio.

Y sin más, me tasajea, corta cabeza con tal celeridad que ni siquiera te da tiempo de pensar en no parpadear. Mis alas se quedan quietas y puedes ver en sus extremos dos ojos ciegos, acusadores y ciegos que te miran.

—Bebe un poco de agua —te ordena Landon— recibe y traga sin masticar la cabeza y pásala con el resto.

Estás en trance. Obedeces sin pensarlo demasiado. Y me paladeas, asqueroso Óscar Julio Piendamó Ramírez. No te importa lo que fui y solo piensas en lo que serás, que mis entrañas te den lo que nunca has tenido, que mi ponzoña te convierta, óyelo bien, en lo que nunca fuiste ni serás.

No sabes muy bien en qué momento aparece el niño de nuevo. Te dedica una sonrisa torva, de medio lado. Extiende su mano y le entregas los billetes que tenías separados en tu bolsillo. Con la misma mano te indica la puerta y sales del consultorio sin despedirte, sin agradecer siquiera, sintiéndote liviano y al mismo tiempo poderoso. En la sala de espera no hay nadie: efectivamente eras el último consultante. Tal vez imaginaste al muchacho o tal vez era uno de esos que hacen tiempo y se guarecen del sol, tan cómodos en los consultorios del centro. Hay gente así. Llamas a la oficina, te reportas enfermo, paras un taxi y te vas al salón de masajes donde tienes un turno separado para la noche: te conocen y estás seguro de que podrás adelantar tu sesión sin ningún problema. No puedes esperar para comprobar los efectos de la machaca, el influjo de mi destino, el sacrificio de mi muerte.

Volverás a casa, mucho antes de la hora pico. Bruto, infame: no tardarás ni dos minutos con la chica del masaje. Mirarás el celular, lleno de mensajes de tu compañero de trabajo. Ya no es tu amigo, ¿verdad? Seguramente quiere saber cómo te fue donde Landon, ese enano estafador de Girardot con Echeverri, a la altura de María Auxiliadora. No le responderás, para qué: mejor que siga convencido de que el tal Landon le cambió la vida. Pero tú sigues igual, Óscar Julio Piendamó Ramírez, o peor que antes: ¡criminal, comemierda, asesino!

Más tarde llamarás a tu madre y le pedirás que te saque una cita con el cura de Gómez Plata: dicen que es milagroso, más que yo: prodigioso.

# El último cigarrillo con Roberto Soto

Agustín Sosa

Yo mismo acompañé esa noche a Roberto Soto a su cita con El Diablo. Fue por la época del mundial de fútbol en Sudáfrica y recuerdo que él no pudo ver la final. Le pidió un día más en mi presencia, pero trato es trato, le contestó ese tipo de presencia brutal, alto, flaco, anguloso, elegantemente vestido, de mirada profunda y el cabello negro muy brillante peinado a un lado.

Roberto fue un muchacho que llegó una tarde al taller literario que entonces dirigía Danilo Pereira, un profesor seco, estricto, irónico. Pero había más en él: un afán por lo bien escrito, más que eso, por lo excelente, las letras se llevan en el ADN, decía, lo que dividía al grupo en dos, con o sin ADN literario. En el segundo grupo estábamos casi todos, en realidad todos, y cuando Roberto leyó su primer cuento –con esa mezcla normal de miedo, inquietud y cauteloso optimismo– supimos que era de los nuestros. Leyó un cuento más después y a lo mejor otro luego, pero tras la indiferencia del profesor, solo regresó como todos nosotros –ilusos o tal vez masoquistas–, a escuchar la teoría de cómo se escribe bien, a oír nuevos decálogos literarios –como oraciones–, a seguir tratando de llevar hacia arriba una piedra inmensa por la rampa literaria del señor Pereira. Con el tiempo y después de lo que pasó, supe de frente que los textos del taller, si no fueron buenos, sí eran hermosamente humanos.

Roberto Soto y yo, primero por casualidad y luego por un compromiso tácito, nos encontrábamos, siempre al finalizar el taller, en el jardín donde había un cenicero que demarcaba la zona de fumadores. Entre cigarrillos supe, por ejemplo, que le gustaban la música clásica y el latin jazz. Que era ateo, hijo único, acuario, y que viajaba cada año a Copenhague, donde vivía su papá. Que le gustaba la jardinería y tenía un cultivo de tomates y plantas aromáticas en el balcón. Que de niño lo mordió un perro. También me dijo que le gustaba tanto el fútbol como la literatura, se parecen, ¿sabes? Un partido es como un libro, están el escritor y el que lee, está la página cuadrada y en cada una sucede algo distinto, todos a la larga tratan de lo mismo –la vida, el amor y la muerte– pero no dejamos de asistir a ellos porque esa trinidad cambia, alguna vez parece ganar una u otra, aunque siempre triunfa la muerte, una muerte que, anunciada por el punto, o el pitazo final, nos deja desamparados, es el instante en que ya no hay futuro, en el que el presente es inalterable y eterno porque ya no asistiremos a ningún cambio. A la larga, no importe quien gane, queremos es vivir el cómo ganará, y también, claro, sufrir la derrota.

Como todos, Roberto estudiaba otra cosa: Derecho, porque esto de la literatura en nosotros, jóvenes de familias bien, solo era play, así, como un hobby, pero en el fondo, nadie la tomaba como tal, y éramos más unos pichones de escritores que unos futuros profesionales de destino incierto. Estuvo en el taller un par de meses más y luego desapareció.

Yo seguí con mi terquedad literaria y escribía cada vez menos, o bueno, cada vez más corto; mis textos iban llegando a microrrelatos que el profesor miraba con sospecha desde sus gafas en la punta de la nariz. Así pasaron dos años. Cuando, un día cualquiera, volvió Roberto Soto. O bueno, un tipo como él, que se parecía a Roberto y era Roberto. Pero distinto.

Le faltaba esa timidez educada y le brillaba en los gestos un haz sobrador. Vestía diferente, moderno, muy moderno, de vanguardia, con yines rotos en las rodillas, botas de escalar y tatuajes en los brazos, el pelo largo hasta los hombros y una barba espesa y larga, cuadrada, que le doblaba la edad. Recostado en el umbral de la puerta saludó y luego tomó asiento en una silla del extremo del salón. Ya no salía a fumar, participaba; alzaba la mano y daba conceptos sólidos sobre el tema en cuestión. En alguna sesión nos dio una estricta conferencia sobre la autoficción y después, una crítica

sensata sobre la obra, trivial, según él, de un escritor que nunca será recordado, y que el título de su libro más famoso no es más que una premonición de su futuro: El olvido que seremos.

Se dijo que, en su ausencia, Roberto Soto estuvo en Argentina, donde estudió una especialización en literatura, pero también se dijo que fue en España o en México haciendo un diplomado en escritura creativa. Todo pasó muy rápido y al mismo tiempo. Fundó la revista cultural Homero de poesía contemporánea, que aún sigue, mientras estaba aquí y allá, infaltable en todos los eventos culturales de la ciudad, del país. Fue profesor de pequeñas academias en el centro de la ciudad y también docente de planta en universidades grandes y, antes del bum, Roberto, director de nuestro taller literario luego de la renuncia de Danilo Pereira. Ahí lo veo: preciso, seguro, veterano tan joven. Admirable. Y quién lo iba a creer, en cambio lo sentí... cómo lo digo: huérfano. Porque parecía muy solo. Por eso le insistí: vamos a fumar. Y Roberto nunca tuvo tiempo. Menos cuando explotó el bum de verdad: su primera novela. 400 páginas. Hasta el nombre era bueno. Editada por Random House, ganó todos los premios posibles. Fue traducida a varios idiomas y él considerado por los críticos serios como el escritor más prometedor del momento.

En un cajón de su escritorio encontraron después 25 carpetas de cartón café, cada una con el nombre de cada uno de nosotros, que contienen los cuentos impresos que leímos en su paso por el taller literario, porque para Roberto eran como hijos suyos y quería tanto a los favorecidos por las musas o la suerte como a aquellos que aún tenían la oportunidad de crecer más. Nunca descartó ninguno y su forma de comentar un texto obedecía más a resaltar lo bueno que a criticar lo malo. Como un médico, daba el diagnóstico de la salud del texto y recetaba alternativas curativas que nunca dio por indiscutibles.

Su novela, olvidada ya en general, pero de culto para esa inmensa minoría de buscadores de perlas literarias, trata sobre un personaje que se rebela y desobedece a su escritor –Roberto mismo– para enfrentarlo, para pedirle la libertad que le coarta con las letras. La novela, en fin, está escrita por este personaje que apunta al detalle lo que le sucede –libre de los caprichos, aberraciones y florituras del escritor–, en una vida que algunos llamarían plana o simple o rutinaria. Es más, insignificante.

Pero hasta aquí llegué, me dijo luego de una sesión del taller cuando él mismo me invitó a salir a fumar como antes. Durante un tiempo estuvimos en silencio aspirando los cigarros y tirando la ceniza con un golpe de dedo al cenicero. Después, Roberto dijo que mejor pasáramos al bar de estudiantes cerca de la U, necesito un trago. Empezaba a caer la noche. Nos sentamos en la única mesa vacía. Pedimos dos cervezas. Habló de fútbol, del mundial y del pulpo. Y creo que fue Paul, el pulpo, su coartada para decirme lo que me iba a decir. El pulpo, anotó, tiene algo raro, y entonces detalló para mí –que en aquel tiempo era inmune a los medios– la noticia del momento: resulta, dijo, que Paul, un pulpo corriente, sumergido en una piscina inmensa de vidrio, adivina el futuro de los partidos del mundial. Al principio está oculto entre una maraña de helechos en el fondo, minutos después llega su dueño, un señor flaco de frac, que toca con los nudillos el cristal y entonces aparece el pulpo. Con un nadar viscoso se detiene entre las dos banderas de los equipos que jugarán ubicadas en el centro de la piscina. Paul, cara alargada, ocho extremidades como de goma, no dice nada al principio. Se demora. Mira a través del vidrio a la multitud sentada alrededor de él, mira las cámaras de televisión que lo enfocan en primer plano y luego, como por capricho o por iluminación, abraza una de las dos banderas. Ese equipo gana. No falla. Ya en cuartos de final se atreve a decir que Argentina se va con los alemanes, y se fue. Que Alemania pierde con España. Y perdió. La final será mañana: España–Holanda –pero ese partido no lo pudo ver Roberto Soto–. Nos quedamos un rato en silencio. Luego continuó con el tema de Paul, pero ya no en el campo deportivo sino en el mágico, y más que mágico, resaltó, diabólico, porque según Roberto algo así solo lo puede hacer “él”. ¿Él quien? Le pregunté, “él”, El Diablo, respondió. Un atributo de lo infernal es la irrealidad, dijo Borges. Se pasó una mano por la barba, se tiró hacia atrás sobre el espaldar, miró hacia arriba y volvió a la mesa con la cabeza agachada. Se acercó a mi cara y dijo en tono confidencial: te voy a contar un secreto. Bebió un trago de cerveza. Sacó con los dientes un cigarro de la cajetilla. Le di fuego. Vi con la luz que le iluminó la cara, allá al fondo, como en un eco, a ese muchacho que había entrado por la puerta del taller literario años atrás. Después de una bocanada de humo dijo: Agustín: la genialidad y la gloria son cualidades divinas inalcanzables para los hombres. Lo normal es pedestre o lo consideramos pedestre. Los humanos están destinados a jugar en ligas menores. Una persona corriente solo puede llegar a la B, y eso está bien. Solo que, solo que... –hizo una pausa, fumó– hay una forma de superar esa, hum... cómo decirlo: imperfección,

o mejor: debilidad, o mejor: inferioridad, y es por métodos mágicos, así lo hicieron Gabo, Cortázar y el grande de Piglia. También Cervantes y hasta el mismo Borges. El problema es que pensamos que con lo que nacimos, un ADN corriente, podemos ser como ellos. Imposible. Y he ahí el golazo de El Diablo y la ingenuidad nuestra, o de seres como yo, o como Maradona, por ejemplo, que necesitábamos ser más y que comprendimos después de mucho desgaste que no se consigue entrenando. Se necesita... Te lo voy a decir en seco: ayuda. Y te voy a decir de quién sin rodeos: de El Diablo. Un acuerdo, un compromiso, un trueque: un deleite comprado. Roberto cambió de carrizo, miró la barra y con los dedos pidió dos cervezas más. Yo no sabía qué decir y él me respondió que sabía que yo no tenía nada que decir, que leía mis pensamientos y que si me había invitado allí era porque estaba seguro de cuánto lo admiraba, es más, dijo mirándome directo a los ojos: vos me querés de verdad, y me apretó con sus dos manos toda la cara. Por eso te voy a pedir un favor grande. Encendimos un par de cigarros. Esta vez fue él quien me dio fuego –su mano temblaba–. Mira, continuó, supongo que ya lo entendiste todo, solo me falta agregar que hoy se vence mi plazo, hasta aquí llegué, ahora me toca pagar –como pagaron Borges, Gabo, Cortázar, Piglia, Maradona, y pagará Danilo Pereira– y, si vieras, más que miedo, tengo soledad. La gloria da soledad, ¿sabés? Los dioses sufren soledad. La cita es en quince minutos. Vení vamos, acompañame.

Coda: Aún creo en el segundo regreso de Roberto Soto, estoy seguro de que una tarde volverá al taller y recostado en el umbral de la puerta nos saludará a todos con un gesto de resurrección. A lo mejor llegue perfectamente afeitado, de corbata, vestido de negro, zapatos de charol y una flor en la solapa. También he creído que me cae de improviso cuando fumo en el jardín, me da un abrazo y después me confiesa que renegoció su deuda con “él” y ahora tiene otra oportunidad en el mundo. Otras veces pienso que todo esto no fue más que un cuento suyo y vive en Dinamarca donde trabaja como conductor de taxi en los ratos en que no lee o ve fútbol en un estadio pequeño cerca de la casa de su padre. Pero después reconozco que lo que nunca olvidaré de Roberto Soto, son esas palabras suyas que se aparecen físicas en mi mente cuando me tomo una cerveza: “Vos me querés de verdad”.

# El pájaro sigue vivo

Daniel Naranjo

Sentado en su vieja silla de madera, un hombre apoya los codos sobre la mesa. En ella, un periódico por leer, una taza con café aún humeante y una libreta a medio usar. Cansado de la lectura, se quita los anteojos y refriega sus párpados, estira los pies y balancea su cuerpo sobre la silla. En ese instante un pájaro golpea la ventana. Sobresaltado, el hombre se mueve más de la cuenta, la silla se balancea y pierde el equilibrio, con su pierna estirada golpea la mesa, el café se riega sobre el periódico, la libreta se ensucia y los anteojos trazan una parábola hasta terminar sobre el piso.

—¡Un desastre! —exclama el hombre.

Mientras se incorpora, levanta la silla, el periódico, la libreta, los anteojos. El charco de café se desparrama entre los trozos de cristal y porcelana. En el suelo, el cuerpo del pájaro sin vida.

—Un desastre —repite el hombre—. Las cosas no debieron pasar así.

Se pone los anteojos y decide hacer algo al respecto.

—Quizás las cosas puedan ser otras cosas —se dice, y como nadie se lo impide comienza a renombrar.

Primero es el pájaro. En vez de pájaro podría pensarse duda. Luego decide que la silla será un retorno y la madera un espertanpo. Todo hombre es un silencio y, siendo ese el caso, en vez de codos bien podría tener émbolos. La mesa se vuelve baile y el periódico se trastoca en olvido. Taza por piano, café por sostenidos y libreta por reloj. En vez de anteojos tendrá lámparas y por párpados dirá campanas. ¿Qué diferencia hay entre pies y lluvia, piernas y trafuntas, pisos y melisos? Una ventana bien podría ser una certeza y una golondrina puede ser un relato. Lo último, y de eso está seguro, es que aquel desastre se ha vuelto un comienzo.

Entonces el hombre se cuenta todo de nuevo.

Sentado en su viejo retorno de espertanpo, un silencio apoya los émbolos sobre el baile. En ella, un olvido por leer, un piano con sostenidos aún humeantes y un reloj a medio usar. Cansado de la lectura, se quita las lámparas y refriega sus campanas, estira la lluvia y balancea su cuerpo sobre el retorno. En ese instante una duda golpea su certeza. Sobresaltado, el silencio se mueve más de la cuenta, el retorno se balancea y pierde el equilibrio, con su trafunta estirada golpea el baile, el sostenido se riega sobre el olvido, el reloj se ensucia y las lámparas trazan un relato hasta terminar sobre el meliso.

—Un comienzo —exclama el silencio.

Y ya nunca dice más, pues no tiene sentido.

# Espantagrillos

Óscar Darío Villa Ángel

Siempre pintó niños. Al verlos en el lienzo quedaba en éxtasis. Ahora no es capaz de controlar las manos, que se mueven como espantando grillos. A su última pintura le dedicó desde el despunte del sol hasta acabada la noche.

\*

Puso en el caballete el bastidor con la tela. Le aplicó una base blanca y luego le untó tinta de trigo. Pintó dos personajes en el lienzo, uno de cuatro años y el otro a punto de morir.

El claroscuro resaltaba la cara del niño: unos crespos de oro, una boca pálida, una flor gigante. El anciano yacía sobre una almohada desgastada. El niño lo besaba en la frente. El viejo, cansado pero lúcido, se complacía con el beso en su cabeza medio calva. La cavidad del ojo, de párpado caído, pintada de lila tenue, se confundía con la ceja casi desaparecida. El niño lo despedía como si fuera una tarde que a cada instante se acaba.

\*

El pintor guardó los óleos sobrantes, dejó el taller en orden y puso los pinceles a remojar en un rincón. Riéndose solo, colgó la obra en una de

las paredes del taller. La consideró como el cuadro perfecto y la bautizó: Último viaje. Invitó a muchos a que la vieran expuesta. Los críticos de arte dieron diversas opiniones. El autor no estuvo de acuerdo con ninguna de ellas y se quedó con una espina atravesada en su alma, por lo que la obra era en sí y por las mil interpretaciones que la gente daba de ella. Ese mismo día, un grillo verde revoloteó por el techo de su taller.

La noche avanzó, y uno tras otro, los críticos partieron. De vez en cuando el grillo brincaba entre las vigas. El pintor, que seguía de pie al frente de la obra, pensando y pensando en la cantidad de críticas, perdió la cabeza. Estaba convencido de que Último viaje mostraba con claridad su batalla por vivir. En las alfardas, el grillo permanecía con los ojos brotados. Había pasado la noche con ellos puestos en la pintura.

A las nueve de la mañana los rayos del sol entraron al taller y el insecto se posó encima de la cabeza del pintor. Ambos se quedaron contemplando la pintura en una quietud absoluta, como se queda un monje ante un sagrario.

El intenso sol amarillo calentó y en la tarde la mente del pintor hervía en su propio infierno. En medio del hervor, el grillo le tomaba la medida al cuadro como a un terreno que puede ser trabajado. De pronto, voló en dirección al lienzo y lo recorrió a zancadas. El pintor separó las manos, las juntó con rabia e intentó aplastarlo. La primera palmada bastó para darse cuenta de que sus fuerzas no alcanzaban para estripar al animal. Cerró los ojos y un sueño extraño lo dominó. El insecto permaneció anclado en uno de los vértices del cuadro.

Con el correr de una noche más el animal creció y, cuando los rayos resplandecieron de nuevo en el taller, tenía el estómago chupado y la boca como una sierra afilada. Le salieron mandíbulas fuertes, las patas se le alargaron y las alas le crecieron.

El pintor vio al grillo como un monstruo de otro mundo. Vio que mordía la tela encarnizado y que con un afán imposible de frenar volvió trizas la pintura. Con sus mandíbulas, mordisco tras mordisco, se la tragó hasta quedar ahito. Lo devoró todo, hasta la amargura de la obra. El hombre quedó como un pedestal antiguo, derrumbado entre las ruinas. Lo único que dejó el grillo fue el marco de roble.

En el segmento de pared que antes estuvo tapado por el lienzo y entre los cuatro parales de la madera, quedó impresa la imagen de Último viaje.

Al pintor se le juntaron el arriba y el abajo. Desde la imagen saltó una sombra que cubrió todo el taller. Se oyó un llanto de niño mezclado con ruido de chamizas secas quebrándose sobre el tejado.

Después de unos minutos de confusión, volvieron la claridad y el silencio. Por el taller quedaron regadas las vísceras de la criatura. Las otras partes volaron. La cabeza fue a dar a la puerta de salida, un ala pegada en el techo y la otra, retirada, estaba en el rincón de los pinceles.

Tiritando, el pintor recostó la cabeza en el cuadro sin lienzo. Y yendo de aquí para allá, llevó el marco cargado en el cuello. Al tomar conciencia de lo que hacía, recapacitó y lo colocó de nuevo en la pared. Se retiró un metro, se apretó con los nudillos de los dedos el mentón, se restregó el pelo y dejó la mente quieta. Alcanzó a ver la desvanecida imagen de la obra en la pared. Con el ánimo de recuperarla, tomó valor y, con coraje, fue hasta el baúl de las herramientas y sacó un martillo y un cincel.

\*

Pese a que trabajó con la mayor curia, los golpes del martillo en el cincel produjeron fisuras en el revoque, un enredo de caminos imposible de comprender. A cada martillazo sentía el cadáver del grillo a sus espaldas que, aún vuelto añicos, era un fantasma. La pintura se volvió esquiva y se fue metiendo por cualquier rendija. Al cabo de dos horas, lo único que logró fue hacerle un roto al muro y los restos de la obra desaparecieron. Doblegado, el hombre abandonó el taller.

\*

El pintor camina por la ciudad con los ojos asustados y moviendo las manos. Por distintas direcciones va, con los tenis empapados y sin saber a dónde ir. Alcanza a verse en los espejos de las vitrinas. Del hombre que pintaba la alegría de los niños quedan los restos de una vida que ha perdido el color.

# El príncipe en reversa

Pablo Patiño

La niebla cubría las calles de Michigan City y los charcos se psicodelicaban en un arcoíris de aceite de motor regado. Enrique DeFaith caminaba por los callejones vacíos, persiguiendo una música solitaria que parecía ser cantada bajo el agua. En medio de uno de los charcos, sobre una piedra, vio, verde y lleno de verrugas como un aguacate viejo, un sapo. De su boca salía la música con una voz de tenor, y Enrique, conociendo la letra y la música, se le unió:

*What a queer bird, the frog are:*

*When he sit he stand*

*(almost)*

*When he walk he fly*

*(almost)*

*When he talk he cry*

*(almost)*

*He ain't got no sense*

*(hardly)*

*He ain't got no tail, either*

*(hardly)*

*He sit on what he ain't got*

*(hardly)*

*What a queer bird*

*What a queer bird, the frog are:*

*When he sit he stand*

*(almost)*

*When he walk he fly*

*(almost)*

*When he talk he cry*

*(almost)*

*He ain't got no sense*

*(hardly)*

*He ain't got no tail, either*

*He sit on what he ain't got*

Le estiró la mano y el sapo se subió en ella. Se dieron la venia, hablaron a la altura de la boca de Enrique como si este fuera a soplar una veleta.

-Sabes, sobre sapos y ranas se ha escrito bastante música. Hay un concierto para violín de Telemann.

-¿Die Reeling?

-Exacto. El primer movimiento es memorable. Los otros dos son un par de Vivaldis, pero aburridos.

-Alemanes, italianos... ¿ingleses?

-En los ingleses está John Dowland. ¿Conoces la historia de su Frog Galliard?

-Por favor...

-El príncipe Francis, duque de Anjou, hijo menor del rey de Francia, intentó cortejar a Elizabeth I de Inglaterra. Él era 22 años más joven, pero logró ganarse cierto espacio en el corazón de la reina, tanto que lo bautizó como "mi rana", una forma cariñosa de referirse al feo príncipe, a su espina deformada y a las marcas de la viruela que le quedaron en la cara. Sin embargo, ella lo destrozó cuando entendió las desventajas de casarse con un francés. Se dice que Dowland, que componía música para la corte, escribió su Frog Galliard en honor, o burla, al asunto.

-Francis the Frog of France.

Enrique ofreció ambas palmas, ampliando el espacio para el sapo. Tareó una música ternaria, bastante reconocible, un himno a un monarca, y bailó.

Un gran salto, un aterrizaje en la pierna derecha. Un gran salto, un aterrizaje en la pierna izquierda. La derecha camina hacia adelante, en puntas, la izquierda le sigue. Y al quinto paso, un gran salto, ambos pies patean en el aire, un aterrizaje con las rodillas flexionadas y las palmas sobre la cabe-

za, como ofreciendo al sapo en sacrificio. Un giro y Enrique repite el baile. Cada salto, cada patada lanzaba gotas del charco por todos lados, caía sobre la piedra y giraba sobre sí, levantaba al sapo y al regresarlo frente a sus ojos, una sonrisa y una venia final.

-¿Ella lo habrá amado realmente? —preguntó el sapo.

-Deberíamos pensar que sí. Tú disfrutarías más de Las Avispas de Vaugh Williams. Otro inglés.

-¿Por qué razón?

-¿Acaso no comen ustedes avispas?

-Tratamos de evitarlas en nuestras bocas. Sólo traen problemas.

-Mi gente ha pasado años evitando poner cerdos en nuestras bocas. Aunque no nos ha librado de mucho.

-Con que judío ¿eh? Los judíos y su aberración por nosotros los anfibios, ¿acaso alguien nos quiere?

-Hay excepciones para todo. Y no debo ser judío, si tú deseas puedo ser egipcio.

-¿Por qué egipcio?

-Porque adoro tu voz.

-Gracias.

-Porque me pareces divino.

-Gracias.

-Dios mío, ¡te adoro!

El sapo se pasó la lengua por los ojos, los brilló y con aquellos focos

limpios dirigidos a Enrique DeFaith le dijo:

-Gracias.

-De nada...

Callaron por un momento. Nada de música, de melodías tarareadas, repetidas, acompañadas. Los acompañaron las nubes que parecían moverse en bucle sobre la cinta del cielo y la niebla que se arrastraba hacia ellos.

-¿Y tienes pareja? —preguntó Enrique—. Una rana. ¿O ustedes también se enamoran de sapos, como yo?

-No, estoy solo. ¿Y tú?

-Igual.

-¿Sin novio?

-Solo, sí. ¿Puedo besarte? —preguntó Enrique.

El sapo lo miró, con la boca rígida de lado a lado como una hendidura de sugerencias bloqueada. Los ojos reflejaban el cielo muerto. No soplaban el viento, no había moscas ni mosquitos y el charco se pintó de un color rojo.

-Sí.

Enrique acercó su mano a su boca, estiró los labios y los puso sobre la boca fría del sapo. Sintió la textura como una cáscara mojada de melón y la lengua que entraba como un Jack In The Box, golpeando por todos lados. Un recorrido eléctrico se descargó por su espalda y un beso que parecía entrar y salir de su garganta, buscando algo. Se despegó del sapo y un hilo de saliva cayó sobre su mentón, mientras los ojos le lloraban por el reflejo de la arcada. Con el rostro rojo, lágrimas acumuladas y el cuerpo temblando, le sonrió al sapo con ternura.

-Difícil de creer —dijo el sapo.

-Crear está cerca de ser sólo una onomatopeya.

-¿Qué?

-Nada.

Enrique intentó acercarlo de nuevo a su boca, pero el sapo lo esquivó.

-No, gracias.

-¿Qué pasa?

-Quiero irme.

-¿Qué? ¿No te gustó?

-No insistas. Déjame ir. No quiero nada contigo —dijo el sapo.

Enrique lo agarró en su puño con las ancas saliendo por debajo. Con la otra mano desató su cinturón y se bajó el pantalón y los calzoncillos hasta las rodillas. La verga salió disparada hacia el norte de la niebla visitante. Colocó al sapo en la punta y comenzó a follarlo, y vio cómo este inflaba y desinflaba su saco con cada estocada. Enrique no duró más de minuto y medio. Luego, con el mástil aún tieso, los calzoncillos en las rodillas y sus ojos enormes, volvió a mirar al sapo por un momento, en silencio, apretó su puño, escuchó un quiebre y al abrir la mano cayeron al suelo pedacitos de vísceras grises y su palma quedó untada de un líquido blanco matizado con hilos rojos.

# **Cuando descubrió su reflejo**

Marta María Peláez Gaviria

Lo piensa muchas veces. Se sienta en medio del fango para tomar las hojas más verdes que encuentra. Las machaca lo mejor que puede para mancharse y ver así su cuerpo con un tono más colorido que la palidez de su piel. Tal vez así, y llevando una flor, lo dejen ingresar al arca aunque no cumpla el requisito de una pareja.

# Nuestra casa

María Claudia Mejía-Gil

Queremos quedarnos con esta casa. Y lo lograremos. La reina madre, Petrunia, ha dicho que somos capaces. Yo creo en ella.

Cuando llegamos éramos catorce, pero nos hemos ido reproduciendo de gato en gata, de barriga esponjosa a cuello peludo, de una gata gorda y negra a un gato con rayas y esbelto. Dos gatas y dos gatos nos han dado de comer a nuestras anchas. Nos encanta deambular por ese pelo denso y oscuro que es suave como su sangre, espesa, roja y sabrosa. Sus barrigas son como una manta llena de cavidades tiernas, su lomo firme pero a la vez blando, que solo provoca morder y morder. Su cuello en el que podemos colgarnos de los pelos más largos y disfrutar del vaivén y la sacudida al caer. Todo un festín. Estar allí es como estar en el paraíso. Ahora somos doscientas diez, deambulando por esta enorme casa, nuestra casa.

¡Es que esta casa es tan rica! Tiene dos pisos, y en cada uno hay una inmensidad de espacio. Aquí estaríamos felices para siempre, saltando de aquí para allá, disfrutándola. Podríamos hacer equipos que se encarguen de las diferentes tareas: hacer casitas en los tapetes para proteger del frío a nuestros huevos y mantenerlos húmedos y calentitos; idear estrategias para chupar la sangrecita de los gatos por lo menos una vez al día; crear reglas de convivencia y distribuir las enseñanzas de la reina madre Petrunia. Viviríamos felices, seguras, sin correr los riesgos que tenemos en el mundo de

afuera, lleno de oscuridad, sequedad e incertidumbre, lleno de peligros e insectos salvajes.

Ellos nos han intentado matar con esos líquidos que riegan en las esquinas de la casa, que huelen mal y que vienen en unos contenedores amarillos del tamaño de cuatro gatos unidos. Varias de nosotras han desaparecido solo por probar o recibirlo encima. Las demás logramos saltar hasta los escondites de comprobada eficiencia: sobre la cama, la mesa del comedor, los muebles y en la parte de arriba de las paredes de ladrillo. Ellos no aplican ese líquido en esos lugares y ahí nos podemos resguardar. Nos hacemos separadas, máximo de a tres, y así no nos ven. Si nos llegaran a ver pensarían que somos puntos negros sobre la madera o creerían que su malgastada vista los está engañando, pero nunca nos verían de verdad. Estamos contentas y tranquilas porque no han podido exterminarnos. Cada día nos alimentamos de la sangre de los gatos, algunas veces de la negra, que es absolutamente deliciosa. Otras de la blanca con café, que es furiosísima y lo pensamos dos veces antes de hacerlo. También nos gusta la sangre del rayado, que no es tan flaco. El último es puro hueso y cuero, así que no hay de dónde agarrar.

Cada catorce días vienen a regar el líquido maloliente. Nos encontramos en la esquina de la casa, al lado de la cocina y subimos las escaleras, silenciosas, pero con rapidez. Luego elegimos el gato, el que esté despistado y relajado, y lo atacamos. Él o ella se rasca una oreja, la otra, se para y se despereza, pero no logra que nos zafemos. Después de tres minutos y medio nos bajamos. Le dejamos cuarenta y nueve picaduras y catorce huevos con nuestros hijos. Es una forma de soltar las penas, de evacuarlas, mientras buscamos un lugar adecuado para morder y chupar la sangre. Nos deleitamos con esa sangre fresca y calentita. Es lo único caliente que tomamos. Este es nuestro ritual de despedida y lo disfrutamos.

Un día llegó un contenedor aún más grande que los anteriores. Rugía como un animal furioso y chupaba con fuerza todo el aire que tenía al frente, arrastrando todo a su paso: polvo, pelos, a nosotras, a nuestros huevos y larvas, y a nuestros excrementos, unos punticos negros apretados. Fue una tragedia. Murieron Patricia, Paola, Penélope, Paula, Petronina, Paloma, Priscila, Pamela, Pandora, Piedad, Perla, Paulina, Pilar, Pastora... Murieron Pascual, Patricio, Pericles, Piero, Policarpo, Pedro, Paulino, Perpetuo, Pablo, Prudencio, Paulo, Pancracio, Pancho, Pepe...

Afortunadamente no murió Petrunia, la reina madre, pues nos debe continuar guiando hacia el propósito que nos mueve: quedarnos con esta casa y unirnos como comunidad a través de sus enseñanzas.

Bajamos de doscientas diez a sesenta y tres. Murieron ciento cuarenta y siete. Ya no teníamos ánimos de atacar a ninguno de los gatos, resignadas a morir de hambre. Nos miraban con desprecio, seguro pensaron que ya por fin ellos se iban a deshacer de nosotras y estaban felices.

La noche llegó y todas atravesamos una horrible oscuridad, la peor oscuridad. Al otro día, durante la mañana, vimos cómo una de ellas le quitó el interior al contenedor gigante para llevarlo afuera, como si extrajera las vísceras de un animal y las metiera en un saco como el que tienen los gatos en su barriga, pero en este se podía ver lo que había adentro. Ahí estaban los cuerpos de nuestras compañeras que habían perecido en la jornada del día anterior. Vimos cómo ella sacudía el saco afuera y también vimos cómo regresaba con él y lo ponía encima de una mesa. Lo miramos con desconfianza, porque sabíamos que allí es a donde iremos todas a morir.

Al rato, empezamos a notar que el saco inerte comenzaba a emitir sonidos: tic tac, tic tic tac, tic tic tic tac. Poco a poco percibimos cómo el saco se expandía de lado a lado, como si algo saltara en su interior, hasta que notamos que unos puntitos negros saltarines comenzaban a abandonarlo, al principio con timidez, pero luego con mucha alegría. No podíamos creerlo: de las ciento cuarenta y siete que creíamos perdidas regresaron ciento diez y nueve. Fue un milagro que se repitió durante treinta y cinco días, y para el cual nos preparamos estratégicamente: las hembras más fuertes y ágiles creaban una muralla que cuidaba a los machos, las larvas y los huevos. Entonces, el animal gigante rugía, chupaba todo lo que tenía al frente, paraba de rugir, ella le quitaba las vísceras, las metía en un saco, las sacaba y luego volvía con el mismo saco para utilizarlo en otras tareas. Las hembras lograron, por ser más grandes, aferrarse con sus seis patitas a las paredes del saco y así darnos esperanza. Nuevamente nos ilusionamos con quedarnos con la casa, nuestra casa.

Pero un día sucedió que la otra observó lo que ella hacía y le pidió no volver a repetir esa acción nunca jamás. Desde ese día, ese triste día, nunca más volvió el saco con nuestras amigas, así que empezamos a dis-

minuir de veintiocho en veintiocho, de cincuenta y seis en cincuenta y seis, hasta que en este momento solo quedamos siete. Nos sentimos tristes, frustradas, y tenemos mucho miedo de perecer ante el animal furioso. Después de mucho analizarlo, y de mi parte lamentarlo y llorarlo, hemos decidido irnos de esta casa, olvidarnos de nuestro sueño y salir por la puerta, airosas y vivas. Buscaremos otras casas y otros animales a los cuales chuparles la sangre calentita, no sin antes dejar nuestros huevos estratégicamente escondidos en lugares que ellos nunca podrán identificar, aquellos espacios vacíos y solitarios que a nadie se le ocurre revisar cuando todo está bien, cuando no hay malos olores o animales que eliminar. Somos pulgas, sí, pero no suicidas.

# Good morning, mosca

Camila Avril

Vivo con una mosca.

Mi gato está a miles de kilómetros. Dice Google que mi gato está a 4.366 kilómetros de distancia: 18 horas en un carro, tres aviones, dos carros. En cambio tengo una mosca que me odia: me zumba en los oídos, revolotea entre mi cabeza y es muchísimo más rápida que mi mano: he sido incapaz de matarla. No la he matado, pienso ahora, porque me hace falta mi gato, que debe estar en este momento asomado a la ventana de un apartamento en Manizales. Debe tener las orejitas frías mientras sigue con sus ojos azules a un carro que acaba de pasar. Siempre he querido ser un gato, pero luego no sé si es una vida muy aburrida: levantarse temprano, a las 4:00 de la mañana, despertar a la Nena para que le dé el atún, ventanear un rato, decirle a la Nena a las 6:00 que ya es hora de la otra comida, orinar y cagar, tapar el orín y el popó con la arena, dar una vuelta en el pequeño apartamento de siete paredes, dormir toda la mañana, despertarse para comer, ventanear de nuevo, jugar con la cola, pedir que lo barran, dormir, rascarse con la pared, pedir que lo barran de nuevo, comerse cinco galletas, esperar que jueguen con él, morder –pero estos días no tanto, es políticamente incorrecto–, comer otra vez, orinar una vez más, dormir y en esas son otra vez las cuatro de la mañana y los días se repiten en pequeñas alteraciones entre dormir más o comer menos. Los mejores días son cuando hay Churu y los terribles cuando lo cambian de casa o le cortan las uñas. Son pocos esos días, y en cambio es una vida entre dormir, ser alimentado, ir a la arena, mirar por la ventana.

Pienso en mi gato mientras la mosca se esconde detrás de mi cabeza. El otro día la vi en la pared al lado de la nevera. Sentí que me estaba esperando para la muerte y yo tomé el trazo e intenté, pero me faltó fuerza, aunque ella voló despacio. Quería que la matara, me la puso fácil, pero no la maté. No pude. No quise.

La mosca está aburrida y es lo que trata de decirme cuando me zumba al oído y yo la odio porque es un ruido terrible que no me deja pensar en él. Su último acto desesperado es golpearse contra la pantalla del computador y estorbar y yo solo estoy tratando de comprar una silla para llenar este apartamento que se ve grande, aunque es miniatura, porque está vacío: tengo un colchón, una cobija, una almohada, la parrilla de la arepa que traje de Medellín, un cuchillo, dos cucharas, una olla, una cacerola y la ropa que cupo en una maleta de 23 kilos. Hay dos libros, el de Mary Oliver que me regaló mi amigo Fede para no estar sola, y el mío, que lo traje para recordarme algo que aún no sé. La mosca se la pasa en el techo y respeta el silencio cuando apago la luz. Es una mosca respetuosa, pienso.

Tan hermosa, mi mosca.

Creo que todavía no ha visto el cadáver de otra mosca que dejé en la pared y que maté con la energía de la primera vez: todavía no había sentido el viaje ni el shock de dejar todo atrás: todo. La vida conocida, los amigos, la mamá, el gato. Él. Extraño a Rulfo: abrir la puerta y que esté esperando, listo para un mordisquito de bienvenida. Abrir los pies en la cama para que encuentre un huequito y duerma cómodo. No moverse aunque la pierna muera. Darle Churu como si fuera un bebé. Abrazarlo aunque no quiera. Dejarse morder. Tirarle galletitas y verlo correr. Hablarle como un bebé: migatitodindo, cómo eta, que está haciendo tan hedmoso. Despertarlo para que juguemos. Tomarle fotos en la ventana y presumirlo en Instagram.

Mi gato está al otro lado: hay que cruzar una línea casi recta para verlo, y se necesita, en todo caso, un avión. Mientras tanto, vivo con una mosca gringa. Y le hablo en inglés, para que me entienda.

Good morning, mosca.

# Palomitas

Natalia Torres Jaramillo

Mi casa queda a ocho cuadras de aquí. Derechito por la carrera octava. A mí el vicio me tenía tirado en la calle. Yo le digo a la gente que las palomitas me salvaron la vida. Y es que es verdad, mire usted: desde hace ya tres años y un poquito más, yo vengo aquí sagrado, toditas las mañanas. Y no precisamente a rezar, ni tampoco a mendigar plata, yo vengo con mi carrito es a vender fruta y salpicón. Tengo mangostino, guanábana y liche, y el mejor salpicón del centro.

Pero ese no es el caso. Usted sabe que aquí viene mucho gringo a meterse a los museos y a subir Monserrate y todo eso. Pues hay mucha gente que viene y le da comida a las palomas, o por qué más cree usted que esta plaza está llena de esos animales. Resulta que un día yo me encontré a un muchachito de unos seis años acercándose a las palomas y saltando para espantarlas. Me quedé ahí mirándolo un rato cómo se reía y cómo las palomitas volaban del susto.

Ahí vi a una que nunca pegó ni un brinco. A duras penas se alejaba del niño. Yo me acerqué a ver qué le pasaba y el chino salió pitado del susto. Le digo que si hubiera podido volar como las palomitas, termina en Monserrate. Qué pecao del chino, yo no quería asustarlo pero, claro, yo estaba con el pelo bien esponjado y las manos negras del mugre... hasta descalzo iba.

Resulta que la paloma tenía una patica quebrada. Y yo me quedé mirándola y viendo cómo la gente pasaba y dije, juemadre, ¡esa paloma soy yo! Lo digo con todo el respeto, pero es que las personas piensan que nosotros no tenemos dolores. Imagínese usted dormir todo el año en el piso con una bolsa de basura de almohada o imagínese lo que es aguantar un dolor de muela bien hijueputa y no tener dónde ir para que lo atiendan a uno.

Quién sabe cuánto tiempo llevaba esa paloma con la patica rota. Lo bueno es que ellas no distinguen de estrato, y esa sí no me tuvo miedo, porque me acerqué despacito y la agarré entre mis manos. En esas escuché por ahí dizque, “Ay, señor, déjela quieta”, “Qué asco”, “Señor, no se la coma”. Pues a mí no me importó porque uno en la calle escucha muchas cosas, aunque uno sí se acostumbra más que todo a que la gente lo ignore a uno y le pase por encima, como si uno fuera güevón.

El caso es que yo hice como si no escuchara y me la llevé conmigo. ¿Cómo le pareció el salpicón? Le dije que era el mejor. Yo cogí la paloma y me la llevé cerquita al caño donde me mantenía siempre. Ahí tenía unas moneditas que no me había gastado y me compré una paleta de limón. Del hambre que tenía me la tragué y no la pude ni saborear. Con el palo de madera y una tira que le saqué al costal donde dormía, le envolví la pata para que pudiera caminar. Ya después la dejé en el piso para que se fuera, pero ahí se quedó varios días dando vueltas.

Se fue como a la semana. Yo igual seguía viniendo aquí a la Plaza y, no me lo va a creer, pero yo vi a la palomita saltando, volando y comiendo maíz. Ese día yo estaba de mala gana porque desde hacía dos días no había conseguido para comprar la droga, pero la felicidad que esa palomita me dio, uy, yo no sé, pero fue parecida a la que me daba el vicio. Ahí fue que yo dije: ya no necesito más esta porquería para vivir.

Y ojalá yo pudiera decirle que desde ahí no volví a probar la droga, pero recaí como a los dos meses. Me había dedicado a espantar a los muchachitos que asustaban a las palomas. Pero un día en el caño me contaron que una amiga mía había aparecido muerta en el Bronx. Y usted pensará que yo estoy acostumbrado a que se me muera la gente, pero no. Lo que pasa es que una cosa es recibir la noticia drogado y otra es recibirla sobrio. Entonces ahí volví a meterme una huelida que duró como un año.

¿Usted sí quiere seguir oyendo mi historia? Bueno, después de esa recaída yo andaba por el caño mío y se me acercaron otras dos palomitas, o más bien, se acercaron a buscar comida al basurero que tenía ahí al lado, así como hacía yo. ¿Sí se va dando cuenta? Otra vez yo miraba a las palomas y me veía ahí reflejado. Ninguna estaba herida, pero yo fui a traerles pan, y en la tienda me regalaron una bolsa con tres panes y un tinto. Cuando volví las palomas ya no estaban. Me terminé comiendo esos tres panes yo solito porque la verdad es que tenía mucha hambre.

Al día siguiente me vine otra vez para la Plaza y vi otra paloma lastimada. Siempre hay palomitas heridas, no es sino mirar con cuidado para uno darse cuenta. Esta vez tenía una cortada en el cuerpo, sobre la espalda. La cogí como a la otra paloma y volví y me la llevé. Y así se fue volviendo la cosa. Venía a la Plaza de las Palomas y me llevaba de a una para mi caño a curarla. No todas sobrevivían, claro. La primera que se me murió fue porque se le infectó una herida. Mírelas, ¿sí ve cómo a esta hora les resalta el verde del cuello? Pues así fue que me di cuenta que estaba lastimada, porque el cuello no le brillaba. Ni en la mañana ni a ninguna hora, porque me pasé todo el día mirándola. Me la llevé pero a esa herida ya no había nada qué hacerle.

Una vez, en una de esas ferias artesanales que hacen aquí, se me acercó una muchacha que tenía un puesto y que me había visto ya varias veces cogiendo y devolviendo palomas. Me dio veinte mil pesos que para agradecerme por la labor. Y le digo que fue la primera vez que yo tenía uno de esos billetes y no iba directo a gastármelo en vicio. Compré una crema para heridas en una veterinaria por ahí, la más barata que había, y curé palomitas como por tres, cuatro meses.

Patatas, alas rotas y también heridas en el cuerpo. A muchas las recogí atropelladas. Yo tuve una vez un amigo que lo atropellaron también, en una calle pequeña, y no más lo corrieron para la acera y le pusieron un costal encima para que pareciera que estaba durmiendo. Ahí estuvo yo no sé cuántos días hasta que lo encontré, los carros pasándole por el lado como si nada. La gente puede tener plata pero le falta es corazón, le digo. Pero no se ponga triste que la historia termina bonito. Míreme que yo ya no vivo en la calle y hace rato que no pruebo la droga.

Vi mucha palomita aplastada y con las tripas hacia afuera, pero vi todavía más gente caminándoles encima. Las que encontraba vivas me las llevaba para mi caño y écheles cremita. Ahí las tenía hasta que ellas solitas se iban volando. Llegué a tener hasta diez palomitas al tiempo, y vea, me conseguí unas tres cajas de cartón en la basura y les puse de a costal y cobija adentro. Es que esas palomitas dormían hasta mejor que yo.

Durante ese tiempo se me olvidó lo que era hueler, hasta que conocí a una muchacha. Morenita, bien flaca y greñuda como yo. Es que nosotros también nos enamoramos, pero ni le cuento porque esa historia es demorada y se va a largar el agua. El caso es que mi muchacha era bien viciosa, y uno siempre tiene quién lo incite a uno. Lo malo era que no le gustaban las palomas, decía que eran muy cochinas, ¿cómo le parece? Yo como estaba embobado le hice caso de no volverlas a recoger, al fin y al cabo manteníamos drogados. Hacía trucos en los semáforos, colgaba una cuerda entre los árboles del separador y ahí se montaba a dar volteretas.

Pero un día se fue y no volvió. Lo último que supe fue que terminó en un semáforo por el Norte, pero eso ya hace años. Las primeras noches sin ella me acuerdo que cayó un palo de agua y yo ya como que esperaba que me cayera un rayo ahí debajo del árbol. O que ese caño creciera tanto que me arrastrara mientras dormía. Ni techo, ni mujer, ni palomas. Qué verraquera esos fríos que se aguantan en la calle, de verdad que yo me quería era morir.

Ya había resuelto matarme ese día por la noche si volvía a llover. Me iba a tirar al caño amarrado a mi costal, que tenía lleno de piedras. Pero en la mañana me vine a la Plaza y ahí estaba la muchacha de las artesanías. Me preguntó cuántas palomitas había salvado y yo no fui capaz de contestarle porque ahí mismitico me puse a llorar como un bebé. ¿Y usted sabe qué hizo esa señora? Me abrazó.

Luego le llegaron unos clientes y me dijo que no me fuera, que ella ya volvía. Pero vi cómo un carro atropelló a una paloma y salí pitado hacia la veterinaria. No me querían dejar entrar al lugar hasta que vieron que la sangre que tenía en las manos era de un animal. La médica me dijo que no atendía palomas. Yo le dije que esa noche me iba a matar y que solo quería asegurarme de que sobreviviera. Que me hiciera el favor, y yo le hacía el favor de sacar a un indigente de las calles.

Al final aceptó ayudar a la paloma, le desinfectó las tripas y la cosió. Me dijo que la iba a dejar ahí hasta el día siguiente para echarle ojo. Volví a la Plaza y aquí, en esta esquina de la iglesia, había un señor bien mayor con un carrito de fruta. Este mismo, sí. Y al lado estaba la muchacha artesana comiendo mangostino. Me invitó a uno y le dijo algo que no escuché al señor. Luego me fui para mi caño. Ya después entendí que él era el papá de la muchacha y querían heredarme este carrito. Menos mal que esa noche no llovió. Yo creo que es mejor que vaya entrando a algún restaurante porque va a caer un palo de agua.

# El cardumen

Carlos I. Echavarría S.

Walid terminó de orar, se despidió de sus padres con un beso en cada mejilla y la promesa de regresar temprano después de ir a pescar con sus vecinos: *As-salaam alaikum*.

Zarpó de Alataya para ir primero a lo que menos lo emocionaba: poner las trampas y redes en los bajos de la charfiya. Salió más tarde que sus vecinos de la aldea. No quería encontrarse con ninguno de ellos. Remó despacio hacia la porción de lecho marino que, por tradición en las Querquenes, le pertenecía a su familia. La luna aún no flotaba sobre las aguas mansas de la bajamar del mediterráneo tunecino. El sol, oculto ya, arrastraba tras de sí un delgado arco de claridad coloreada sobre las siluetas del alminar y las casas del puerto, una última señal de su dominio sobre el día.

Cumplía sus 18 años y quería realizar el sueño de hacer su propia faena de pesca en mar abierto. Navegaría hacia el norte de las islas para probar su destreza con la red. La pesca nocturna con farolas le atrajo siempre y, ya que había terminado la temporada de pulpos, pidió permiso a sus padres para practicarla. Ellos, engañados, le permitieron pasar la noche en el mar a bordo de su bote de pesca artesanal, una flouka. No les dijo que iría solo.

Walid tenía la esperanza de encontrar un cardumen de sardinas, o tal vez de anchoas, sin el sufrimiento de la piel reseca y áspera bajo la caní-

cula. Pensaba que el sol del mediterráneo era la carga que los pescadores artesanales soportaban en su espalda cada vez que zarpaban. Lo que en realidad quería era la libertad de oponer su vela al viento, virar a su antojo y controlar el bote con la caña del timón y la escota de la vela: sentarse en la popa detrás del mástil, ser el único responsable de la flouka, vigilar el giro de la botavara y disfrutar del firmamento en la soledad del mar abierto. Había decidido probarse ante los peces, ir a buscarlos, acecharlos, atraparlos en franca lucha, usando sus habilidades hasta vencerlos en lugar de ir a casa a dormir.

Por eso no dijo la verdad a sus padres y se excusó con el pensamiento de que el silencio no equivalía a una mentira. Se embarcó solo a pesar de que la costumbre y la práctica dictaban que era más fácil y productivo si cercaban un cardumen haciendo el cierre con la red atada al menos entre dos floukas, pero podía hacerse desde una sola con un esfuerzo grande y un resultado más pobre. Este último era el que menos importaba a Walid; le impulsaba mucho más el primero.

La pesca en la charfiya no le producía gran satisfacción. La idea de esperar a que los peces, con su natural instinto, fueran en la madrugada hacia la playa al subir la marea y, más tarde, engañados por los cercos triangulares de hojas de palmas, tuvieran que nadar hacia la única salida posible, las trampas en la bajamar, no era emocionante ni requería ningún esfuerzo, ninguna destreza. Era como recoger peces atascados en una marisma donde iban a morir si la marea tardaba. Sin embargo, esa práctica de pesca ancestral le parecía agradable, porque disfrutaba el ritual y el hecho de mantener la tradición con su familia y los vecinos al distribuirse los trabajos durante el primer día, recolectar las hojas, llevarlas y clavarlas en el lecho, formar las cercas, compartir los alimentos, la lectura de la *Al-Fātiha* del Corán, poner las trampas y, al día siguiente, repartir la pesca entre todos los habitantes de la aldea. De todas formas planeaba regresar en la mañana y encontrarse con los demás para recoger las trampas antes de ir al puerto y terminar las actividades comunales.

El clima prometía una noche tranquila pero excitante. No iría muy al norte. Llevaba la red y dos canastos de corteza de palma, una linterna, la brújula y las farolas llenas de aceite listas para encender cuando llegara a su destino. Navegaría liviano y sin el toldo de lona en la cubierta. Sería

cuidadoso, tendría que evitar la corriente del estrecho de Sicilia para no ser arrastrado hacia el este. El mar estaba apacible y, con su pequeña vela, el viento cálido del sur lo llevaría lejos, hasta la zona donde se pesca con redes. Esperaba que al amanecer soplara desde el norte como era costumbre en octubre y la brisa lo llevara de regreso a tiempo para la recolección de las trampas con sus vecinos.

A las ocho soltó y recogió la amarra de la flouka de madera. Tras dejar fondeada la última de las trampas, vio la luna despejada sobre el horizonte. Walid sintió que lo saludaba y le sonrió con complicidad. Le dio un buen presentimiento. En dos horas estaría cerca de las aguas más profundas y podría desplegar las farolas para comenzar a atraer su presa. Luego de remar un poco para alejarse de la costa, la flouka comenzó a deslizarse sola sobre las pequeñas olas. La vela blanca y azulada se infló igual a una mantarraya que volaba en el cielo de la noche. El brillo de la luna era suficiente para navegar siguiendo el rumbo con la brújula y las estrellas. La luna jugaba a las escondidas. Su reflejo en la cresta de las olas desaparecía cuando Walid quería fijar su mirada en él. Esperaba que no fuera a pasar lo mismo con su ilusión de ver el brillo de los peces.

Al cabo de unas dos horas, hizo una pausa para prender las farolas alzadas en uno de los remos sobre la proa. Se sentó en la tabla de popa al mando del timón y continuó navegando. En la paz de la noche soñaba con destellos de sardinas o de anchoas. Le emocionaba el serpentear de algún pez plateado bajo la transparencia del mar, revelado por la luz de las farolas.

La flouka avanzaba despacio en el mar apaciguado poco antes del cambio de la marea. Para Walid era una pequeña isla en la penumbra, iluminada por su propio sol. Una imagen que lo atrapó desde la primera vez que su padre, con algunos vecinos de la aldea, lo llevó a una faena al norte de Kraten, en el mismo lugar donde navegaba. Recordaba ese archipiélago de botes, con sus cascos blancos y rojos, bañados al frente por sus luces amarillentas en medio de un mar oscuro y vibrante. Las aguas se revolvían con las redes llenas de pequeños peces brillantes que nadaban sin poder escapar, mientras las floukas iban cerrando el círculo enmallado hasta juntarse en un fervor de aletas diminutas. Se estremecía con apenas recordarlo. De la misma manera que lo había maravillado aquella vez, esperaba que la aparición del múltiple brillo metálico bajo la superficie le revelara su presa para

arriar la vela y fijar la caña del timón. Así, con el bote controlado, podría comenzar a desplegar la red.

Miró su reloj y luego la luna sobre su hombro derecho. En ese instante el viento cambió bruscamente por una fuerte ráfaga desde el norte. La vieja vela se rasgó por la mitad. El mástil giró veloz sin que pudiera evitarlo y con él la botavara; esta le arrebató de la mano el lazo que usaba para controlar su dirección. Al verla suelta y acercándose rápido a sus ojos bajó un poco la cabeza. Recibió el golpe a la altura de la oreja. Perdió el equilibrio, empujó con su cuerpo la caña del timón y el bote viró bruscamente. La rápida inclinación lo arrojó hacia adelante desde la popa hasta el fondo del casco. Cayó sobre la red recogida cerca de la borda, junto al balde de achique. Mientras se cerraban sus ojos vio los reflejos de la luna y las farolas desaparecer en la escasa agua acumulada entre las tablas del piso.

Cuando abrió los ojos, el balde y las boyas flotaban dentro del casco. Había mucha agua. El lado izquierdo de su cara se mojaba sobre la red. Se llevó la mano a la cabeza y sintió que la parte derecha estaba cubierta de sangre seca. Se acarició la oreja, estaba encostrada, hinchada y dolorida. Había sangrado como una esponja que escurre cuando se exprime.

Se arrodilló despacio en el fondo de la flouka que se mecía en un oleaje fuerte y fue a la popa para coger la caña del timón y mantener una dirección fija. Las farolas estaban apagadas y le sorprendió todo lo que podía ver, tal vez acostumbrado a la oscuridad de la inconsciencia y a la claridad de la luna en la mitad del firmamento. El mástil giraba sin control batiendo la botavara con la vela rasgada en dos jirones, como las aletas de un pez varado en aguas poco profundas. A veces se detenía, pero su aleteo comenzaba de nuevo en un vaivén desahogado a merced del fuerte viento. Walid desamarró el cordel que la sostenía en alto y arrió la vela. Luego ató bien la escota para que el mástil y la botavara dejaran de girar. Ese trozo de madera, que antes gobernó a su antojo para ir a donde él deseaba, lo había traicionado. Le tomó unos minutos más recuperar toda la lucidez que necesitaba. Se lavó la sangre seca y, con la mirada despejada, comenzó a orientarse pensando en un plan para regresar a la isla.

Al principio creyó que la flouka, sin timón y con la vela rasgada, había navegado a la deriva dando vueltas en el mismo lugar o, quizá, de regreso a

casa empujada por el viento del norte. Pero el mar arisco, la luna cerca del cenit, la estrella del norte tenue por encima del horizonte mucho más alta de lo que nunca antes la había visto, le anudaron un malestar creciente en el estómago. Miró su reloj. Habían pasado más de cuatro horas desde el incidente y, aparte de reconocer que había ido muy al norte, no sabía en dónde estaba. Pensó en su padre, en lo que él haría, y solo logró sentirse más angustiado. Él nunca habría venido tan al norte y mucho menos sin compañía. Toda posibilidad de realizar su sueño se había diluido en un instante. Se sentó en la popa controlando lo único que tenía bajo su mando: el timón.

Buscó a su alrededor alguna referencia que le indicara dónde se encontraba. Contempló todas las señales durante unos minutos y notó que una corriente constante le empujaba. La brújula le indicó que iba al este, pero solo le servía para saber el rumbo; no era de mucha ayuda para localizarse en un punto determinado del mar que desconocía por completo. La vela no tenía arreglo, no había traído el toldo para el sol que habría usado para hacer una vela rudimentaria. Aparte de sus padres nadie sabía que había salido al norte y ellos creían que estaba acompañado. Recordó su despedida e hizo la oración de súplica Salat-ul-Hallat mientras achicaba el agua acumulada en el fondo del bote: *...¡Dios Misericordioso! Borra mis pecados, perdonándolos, aleja mi dolor y cumple aquellas necesidades mías que a Ti te plazcan!* Navegaba en su flouka sin ser el capitán, más bien un simple pasajero. El mar dominaba sobre su poca pericia en esas aguas donde su isla flotante, con el sol extinguido, iba a la deriva en la corriente del Canal de Sicilia.

Sabía que era una ruta concurrida y patrullada por embarcaciones de las armadas tunecinas, libias e italianas y no tuvo más alternativa que orar y esperar ayuda de alguna de ellas. Los remos, tan útiles siempre en las costas de la isla, no le servían de nada. Confió en que tarde o temprano sería rescatado. Sobre el agua agitada por la corriente veía que aparecían destellos fuertes, pero de igual manera se desvanecían. Eran olas más grandes reflejando la luna.

Tras una larga espera, uno de esos destellos permaneció en el horizonte por encima de las aguas. En lugar de esfumarse se hizo permanente y cada vez más intenso. Parecía una luz distante, fuerte, muy blanca y se movía apuntando en diferentes direcciones. Giraba y no parecía fija a una embar-

cación, sino dirigida manualmente por alguien que navegaba buscando algo o a alguien. No era una nave iluminada con las luces reglamentarias, más bien una similar a su flouka.

Consideró el riesgo de hacer alguna señal a un bote que no parecía de una fuerza naval porque le había oído decir a su padre que en esa zona también navegaban embarcaciones ilegales y de piratas. Dejó que se acercara un poco más para ver mejor y, al cabo de unos minutos, prendió su linterna e hizo las señales para llamar su atención. Tres cortas, tres largas, tres cortas: S.O.S. La luz le apuntó directamente. Le respondió con las esperadas tres largas y comenzó a navegar en su dirección. Primero lo hizo de frente y luego lo rodeó, como desconfiando de su llamado, antes de continuar su rumbo hacia él. Mientras el bote se acercaba sintió que la emergencia había pasado.

La embarcación se acercó y la luz, siempre en movimiento por su cabeceo sobre las olas, le permitió ver algunos detalles del bote. No parecía un pesquero, se veía pesado y no tenía bandera. El ruido de un motor pequeño hacía mucho esfuerzo para moverlo.

A punto de llegar comprendió que la luz provenía de las manos de un hombre que manipulaba una linterna grande y potente. Le escuchó gritar: ¡Rescate, rescate! Walid bajó la cabeza cerrando los ojos para escurrir unas lágrimas. Parecía que un inmenso cansancio lo hubiera vencido después de un esfuerzo más que agotador. Esas palabras lo desarmaron de todo temor: No hablaba italiano; volvería a casa.

Enrolló el cabo de proa entre su mano y el codo. Esperó a que el hombre navegara por la izquierda de su flouka y se pusiera a su lado para que le recibiera la amarra y remolcarlo de vuelta al sur. Estaba de pie sobre el casco, inquieto. La luz lo cegaba sin detenerse, era inútil cubrirla con su otra mano para tratar de ver la maniobra. Solo le quedaba esperar el momento de estar atado a la otra embarcación para sentirse seguro.

Cuando por fin las dos embarcaciones se juntaron y chocaron entre sí varias veces con el oleaje, Walid se preparó para saltar, poniendo un pie sobre la borda. Desde el otro lado algo inesperado se lanzó sobre él. Fue abatido por varias manos que lo tomaron de brazos y cuello y lo lanzaron bocabajo contra el casco. La luz por fin se apagó. En la flouka varias voces

gritaban: ¡Rápido, rápido! y otros gritos fuertes en una lengua desconocida. Se le echaron encima, le inmovilizaron los muslos, una rodilla le aprisionó la espalda y un objeto duro en su nuca le mantuvo la cara contra las tablas. Les gritó: ¡Señor, ten piedad! Sonó el cargador de un arma seguido de un grito: ¡Cállate! Le amarraron las manos. La madera del casco se sacudía con los saltos de personas que abordaban la flouka. Por el sonido amortiguado parecía que estaban descalzos y supo que llevaban chalecos y salvavidas por el rozar de unos cauchos y los reflejos anaranjados.

Le cubrieron la cabeza con una tela gruesa y empapada que no le permitió ver más y dificultó su respiración. Walid gritaba preguntando por lo que pasaba. Recibió de nuevo la orden y un golpe en la cara: ¡Cállate! Lloró y repitió el Salat-ul-Hallat: ¡Oh Señor mío. Perdónanos y ten misericordia de nosotros. ¡Tú eres el mejor de los misericordiosos!... Lo pusieron de rodillas para requisarlo y allí lo tuvieron hasta que los botes reanudaron juntos la navegación.

Las personas que estaban en su bote hablaban entre ellos en voz baja. No era árabe sino un idioma que no entendía, pero sabía que era africano con algunas palabras en francés. La voz más fuerte, que aún venía de la otra embarcación, les daba órdenes a todos los demás. Alguien usaba el balde de achique para raspar las tablas del casco. El nivel del agua dentro de la pesada flouka disminuyó bastante. Walid sentía cómo el mar salpicaba muy fuerte sobre la borda.

Navegaron por lo que le parecieron horas en un silencio interminable. Walid pensaba en sus padres y en lo que sentirían al descubrir su mentira si no regresaba a recoger la pesca... esos peces que, engañados en la charfiya, intentaban escapar hasta caer voluntariamente en las redes.

Una orden corta de la voz más fuerte lo sacó de sus reflexiones. Los hombres que lo sostenían hablaron entre ellos y luego lo levantaron. Agradeció: *Alabado sea el Señor*. Reconoció dos palabras en francés: bote y pescador. Lo estrujaron para que caminara hasta llegar a la popa. Tuvo que esquivar las piernas de personas sentadas en el suelo. Lo hicieron subir en el tablón donde se sentaba antes, junto al timón. Le costaba mucho mantenerse de pie en ese lugar alto sobre la cubierta. Por fin lo iban a transbordar

al otro bote. Le quitaron la venda. El cielo comenzaba a clarear y por encima del mar agitado, y aún oscuro, un ligero resplandor de luces de tierra firme se anunciaba por encima del horizonte. Sintió un ligero alivio y revivió su esperanza de llegar a casa a tiempo. Los dos hombres que lo sostenían estaban armados con fusiles, pero no vestían con uniformes. Uno de ellos estiró un brazo por encima de su hombro, le señaló el resplandor y dijo: *Lampedusa*. De la nada, un golpe muy fuerte y seco encima de la nuca lo tiró hacia adelante y Walid cayó al agua.

Abatido, inmóvil y con las manos amarradas, una oscuridad cada vez más avasalladora lo envolvió a medida que se hundía. El escaso aire que tenía en los pulmones escapó de su encierro y se coló por los agujeros de su nariz y boca. Las pequeñas burbujas ascendieron en el agua cristalina produciendo brillos metálicos como un cardumen de sardinas atraído por la luz en la superficie del mar.

# En el agujero

Alma Escobar

*Sobre la verdadera naturaleza de Dios*

Antes se creía en la generación espontánea. Las lombrices surgían de la bruma pestilente, incognoscibles, imparables. No vienen del Arca, son hijas de la materia orgánica. Donde hay materia, habrá lombrices, dicen. Tarde o temprano, hay lombrices. Si yo fuera Epicuro, diría: el inicio de la vida son las lombrices.

Y es que finalmente, cuando la vida da paso a la muerte, y la lumbre se convierte en podredumbre y no queda nada bueno y nada bello, ahí están: las lombrices.

Y todo vuelve a las lombrices en los apocalipsis eternos del nacimiento y la muerte.

Ellas escribieron el Bhagavad Gita y la épica de Gilgamesh. Las lombrices corrieron entre las barbas de Moisés en la montaña y apretaron el gatillo en Dallas, 1963. Ellas dan y ellas quitan. Envenenan a Claudio y guían la navaja de Epafrodito.

No existe el perdón divino, ni la suerte, ni el destino.

Está sólo el avance tortuoso de la lombriz en el agujero.

Pregunta: ¿qué tienen en común Teresa de Calcuta, quizá real, el Pélida Aquiles, quizá ficticio, y mi mamá, lastimosamente real? Pues que todos tenían ojos, e incluso cuerpos, hasta que llegaron las lombrices.

La señora que fumiga el jardín para librarlo de los bichos será ella misma fumigada por los malos aires de El Salvador cuando el 111 dé un giro chimbo en una loma en la que no se ve nada para abajo y le pase por encima. Así, permite fertilizar su cuerpo el jardín de las lombrices.

Si el cuerpo humano fuese entonces, como afirman los dementes, el pináculo de nuestra trayectoria evolutiva, y aún así se postra ante el poder de la lombriz, ¿no se concluye que son ellas nuestros superiores?

Y si el alma fuese, como dicen tantos, creada por un ser supremo con propósito supremo, y cuando miramos el final de la película, este no es más que alimentar a las lombrices, ¿qué es Dios, si no las lombrices?

Pero sin mayúscula, que las lombrices no leen.

Sí, son Dios. Sí, son Dios en todos los sentidos en los que Dios existe.

¡Si supieran! ¡Cuánto las adorarían! Cuántos templos tubulares construirían y cómo se darían cuenta de la verdadera y única forma de rezar que es cerrar los ojos, meter la mano en la tierra y arrancar y arrancar y arrancar la tierra hasta que salga húmeda. Hasta que a los dedos entre un temor profundo, un frío en los huesos tan desolador que después hay que ponerse al sol por horas y hacerse revisar la cabeza prácticamente por siempre.

Ahí se anidan, quiéralo o no, entre las paredes del cráneo. Son enfermedades tropicales y desórdenes neurodegenerativos. Son la invención de los números y el gran cisma de Oriente. Las hay como hay ideas. Aparecen con la consciencia, alrededor de las  $10^{11}$  neuronas y  $10^{14}$  sinapsis. Los monjes tibetanos las oyen escudriñando en sus largas meditaciones, y los Tonkanwa les han hablado en persona bajo los efectos del peyote. Suena algo así:

Awake Shake dreams from your hair My pretty child, my sweet one Choose the day and choose the sign of your day The day's divinity

Admito, sin embargo, que para muchos ha de surgir una dificultad: ¿dónde estaban las lombrices, cuando nació el universo? ¿Cuando no había ni átomos, ni moléculas, ni mucho menos vida?

Un error de principiante, asumir que ellas se ciñen a las mismas leyes.

Las lombrices son subatómicas, fundamentales, isotrópicas, energéticas y de masa cero. Ellas crearon el átomo de hidrógeno, la fisión nuclear y los agujeros negros.

En la sopa primigenia ahí estaban, deliberando el futuro de la tierra.

Las lombrices del suelo son lo de menos.

*Go into what Russians call the Dark Cosmos, and meet your maker there.*

Entre las enaguas de María Antonieta, en las botas de Ghenghis Khan y Shinzo Abe. En el tumor de Solzhenitsyn que lo volvió cristiano, en el último suspiro de María Carlota Emperatriz de México, “Mexique”. En la mesa de noche de mi abuela, que sin querer me daba su vida de a poquitos cuando me pasaba la plata a escondidas. En los días que uno cree que nada se puede poner peor, que no hay aire, no hay sueño y hasta el tinto sabe a huesos, están las lombrices para recordarle que no se preocupe.

Porque todo vuelve y todo vuelve y todo vuelve...

# Siete

Adriana Gómez Mosquera

Aparece el día que mis ojos necesitaron ayuda. Una pantera en diminutivo. Desobediente y testarudo tal cual su género. Juguetón, curioso y cruel tal cual su especie. Agresivo y contundente tal cual su estirpe.

Una reducción de soledad.

Un augurio.

Lo llamé Siete.

Me cautiva su misterio de mirada amarilla. Me asusta su oscuridad. Se mimetiza en las sombras, desaparece en la noche. A veces no lo veo. No se esconde, solo se queda quieto. Goza sintiéndose invisible. Sé que está por ahí: Siete, Siete, Siete... Responde con sutiles maullidos que poco percibo. Mis oídos están cada vez más opacos.

Me observa.

Siete escucha mis rodillas quejarse. Ve mis pasos fatigados. Torpes. Yo lo veo brincar, cazar y matar. Juega con su presa. Le gusta que chapalee, disfruta la víctima herida. La muerde por partes para que se retuerza o huya. ¡Qué placer la persecución! Ninguna sobrevive a su ataque, solo sufren un tiempo.

Me observa.

Sé que está por ahí. Su energía no se desvanece. Duerme, duerme y duerme. Duerme a mi lado desde siempre. Mi columna cruje. Siete bosteza, se alarga, se encoge. En un momento un ovillo, en otro un resorte. Levantarme lastima. Pararme agota. Siete, luz de ébano peludo. Escultura en movimiento. Yo, un fósil.

Me observa.

Una alarma suena y dice “Dar de comer”. ¿A quién? Siete no necesita comida, el alimento le sobra. Su vitalidad brilla. ¿Seré yo la que debe comer?, pero si ya almorcé ¿o no? No recuerdo. Olvido el tiempo. ¿Cuál tiempo? No recuerdo mi cuerpo. ¿Dónde está? Esos huesos, esa piel arrugada: ¿soy yo? Solo reconozco a mi pantera bonsái. Siete. Está tan cerca que puedo olerlo. Todavía es una conjetura de pelo negro.

Me observa.

Ahora los únicos que se mueven son mis pensamientos. Giran en segundos, saltan décadas, exploran rostros, tararean música. Ahora soy una momia... aún viva. Siete me roza. Su ferocidad es tierna. Inmutable. Saludable infinita es mi pantera enana. Percibo vibrar su pelaje. Ahora es una certidumbre de ojos amarillos. Ya sé que soy su presa. ¿Voy a sufrir? Siete se estira. Sacude la somnolencia. Me acicala, lame mis manos. Me acaricia. Me ronronea al oído y dice: “No, no vas a sufrir”.

# **Juguemos en la cama mientras el cazador está**

Marta María Peláez Gaviria

Caperuza llegó tranquila a casa de su abuela. Al entrar notó en su rostro la sorpresa de que llegara tan pronto. Finalmente, Caperuza decidió seguir, tropezando con unas botas llenas de pantano y más grandes que el tamaño del pie de la Abuela, un calzado distinto al que acostumbraba usar, pero no le dio importancia, como tampoco al calor que se veía en el rostro de la abuela. Estaba concentrada en buscar, en medio de una casa desordenada, dónde dejar la canasta de dulces que enviaba su madre y en dónde colgar su capa mojada. La Abuela se quedó quieta en la puerta pensando que sus planes se estaban deshaciendo. Había concertado con el Lobo que distraería a Caperuza, pero no contaron con que el Lobo, malo como siempre, sería castigado en la escuela mandándolo a escribir en el tablero la siguiente plana: “No debo ir al bosque a comer muchachas”.

# La Carestía la bestia. Crónica del Holomodor

Alejandro Cárdenas Gómez

*À l'ombre des jeunes filles en fleurs,  
Ils ne vont pas croire aux malheurs.  
Elles écoutent la radio, elles boivent du thé,  
Au degré zéro de la liberté.  
Elles ne savent pas que la bourgeoisie,  
N'a jamais hésité même à tuer ses fils.*

—Pier Paolo Pasolini, *Salò o le 120 giornate di Sodoma*.

Comenzó un abril desolador. Hace seis meses el Gran líder ordenó recortar las raciones y despropió a los kulaks. Oh. La vida no es sencilla sin una ración de pan. El plan era deshacerse de ellos, gente vrag naroda, ¡y no de nosotros! Con esa política, ya muchos de los nuestros, bedniaks, han muerto. Todos famélicos, con el rostro hecho trizas, calaveras, implorando piedad, espirando un doloroso y tenue hálito, fatal, efímero, por instantes cíclico, por otros asimétrico. He visto hombres y mujeres morir por igual. Ancianos, jóvenes, niños, ¡todos ellos han muerto! Esto es el Apocalipsis, la noche infame y temida. Nunca imaginé que las trompetas del fin sonarían a plañidos de dolor y pesar; y tampoco creí que, en

vez de llegar el redentor, arribarían los oportunistas. Muchas mafias, que ingenuos no somos los pueblerinos, que por Cristo nuestro Señor somos capaces de distinguir a los malos de los buenos, y a los altruistas de los aprovechados, se han creado de la mano de esta tragedia que asola nuestras tierras. Algunos, viles, venden carne que no se sabe ni de qué; otros, que el carro para exilarnos de estas tierras “sanos y salvos”; otros (más viles aún), que la Salvación, solo para sumar adeptos en sus sectas religiosas contrarias a la palabra divina. Por heterodoxos mutilan nuestras tierras y nuestra fe, y castíguelos Dios nuestro Padre por criminales contra el Cielo y la Tierra, y que se conmisere de nosotros, pobres siervos de Él, y de mi hijo mayor Ilya, y que guarde a mi mujer Marie y a mi hijo menor Aleksei en su benignísimo regazo, que muertos fueron por esta peste que es la hambruna.

Ya son tres semanas sin probar bocado.

Hoy desperté a Ilya un poco más tarde de lo normal, que lo suelo levantar a las siete de la mañana y hoy lo hice a las nueve. Así que me dediqué a meditar un poco el plan del día antes de interrumpir sus dulces sueños.

—Saldremos a cazar, Ilya —le informé—; conviene que te prepares.

—Padre, ¿y adónde iremos?

Las dudas y la incertidumbre me devoraron el seso... y me supe impotente.

—Hijo mío, no sé. Mejor es transitar por lo desconocido y hallar un tesoro, que no transitarlo y morir solos y desproveídos —le respondí, recordando una vieja y sabihonda frase que siempre decía mi padre.

Salimos. Conmigo llevé un cuchillo. Anduvimos por las calles; quizá la Fortuna, ciega como es, que no distingue entre ricos y pobres, ni entre buenos y malos, recompensaría nuestros esfuerzos. Recé un padrenuestro mientras caminaba. Ya habíamos avanzado siete manzanas, pero nada se mostraba ante nosotros, y ya ardían nuestros pies.

Pasamos cerca del río, pero allí solo estaban los carroñeros, intentando

pescar uno que otro pez, o devorar cualquier bestia al borde de la descomposición. Por lo cual le dije a Ilya que mejor tomáramos otro rumbo, y así hicimos.

Pasamos de frente al templo del pueblo, nos persignamos como fieles que somos, y caminamos, sin todavía trovar rumbo alguno. Mientras eso, pensaba en mi amada María, que ya había muerto hace tres meses.

¿Cómo no entregarme a su memoria en tiempos tan terribles? Ella, que Dios la guarde, es lo máspreciado que tuve, junto a mis hijos. Sobre mis mejillas escurrieron unas lágrimas ardientes, que develaron mis sentimientos a Ilya.

—¿Por qué lloras, padre?

—Por tu madre —escupí, doliente—. La sigo amando, tanto como siempre la amé.

E Ilya, comprendiendo al instante mi pena, se detuvo y me envolvió en un abrazo estrujante y convulsivo, y me dijo:

—Yo también, papá.

Convenimos, mientras secábamos nuestras lágrimas, en sentarnos a descansar en un pequeño terraplén, vecino a la antigua boticaria, hoy abandonada, como muchas cosas y gentes de este pueblo.

Mientras recuperábamos fuerzas, vimos a un grupo de hombres que llevaban entre sus manos una gallina despescuezada. Ilya, quien me miró con los ojos confundidos, abiertos como dos lunas, me preguntó:

—Padre, ¿qué le pasó a la gallina?

—La mataron, Ilya. Y seguramente se la van a comer. Dichosos ellos...

—¿Los animales van al Cielo, papá?

—Nuestra fe dice que no. Dice, más bien, que fueron creados como compañeros del hombre en la Tierra, puestos aquí para su solo servicio. Aunque, te digo, hijo querido, que muchos ya merecerían, más que algunos hombres, ir allá arriba, con Dios.

—Entonces, ¿a dónde van sus almas?

—No sé, hijo mío —le dije. A lo que me miró, frunciendo el ceño—. Seguramente a un lugar mejor que este mundo que tanto los desprecia.

Seguimos caminando. Nada. Absolutamente con nada nos topamos. A lo sumo esqueletos y restos putrefactos de animal. De resto, nada de nada. Volvimos con las manos vacías a nuestro refugio. Ilya se recostó enseguida en su cama, que estaba al lado de la mía en nuestro pequeño tugurio: estaba cansado, su rostro mostraba los signos de la fatiga, del dolor y de la tristeza. Pero no podía conciliar el sueño, una fiebre profunda lo abrasó y yo solo pude precisar en darle dos sorbos de vodka puro, de ese que guardaba en la gaveta que fungía como botiquín a falta de medicinas. Bebió y con ello amortiguó sus penosos síntomas, y solo por eso pudo conciliar el sueño. Yo, por mi lado, casi no pude, y no por dolencias físicas sino por aquellas del espíritu.

Soñé, empero, en mis días de felicidad, en un profundo estado de añoranza. Mis ojos vieron la imagen de esa caminante bella que transitaba por los confines de la Tierra y que un día tuve la dicha de llevar al himeneo. Y, en medio de ese trance, llegué a los brazos de Morfeo, quien me acogió con suavidad en su regazo.

Pero aquella suavidad devino otra vez en amargura, para luego ser sobrecogimiento y horror: mis cándidas ensoñaciones se metamorfosearon en seres de la más profunda ignominia. La gallina despescuezada, los huesos y restos pútridos de aquellos animales por las calles, todos ellos se congregaban en un círculo en derredor. Los veía a todos, se acercaban lenta pero solemnemente, como si con ese paso lento pudieran decirme, en pocas palabras, que yo estaba abajo y ellos encima, y que no tenía escapatoria ninguna.

A cada paso que daban sentía que avanzaban los últimos minutos de mi hora fatal; una presión en la tráquea frenaba mi aliento, respiraba con dificultad y poco a poco veía que ellos, esos seres infernales, me prendían;

pero el temor, que todo lo trastrueca, me frenaba. Y me mantuve así hasta despertar envuelto en una densa capa de sudor.

Era la medianoche e Ilya no se había despertado, a pesar de mi agitada y frenética respiración. Alguien tocó la puerta y una sensación ignota invadió mi pecho. ¿Quién vendría a esas horas a una casa sin avisar previamente?

Agarré con precaución el cuchillo y me levanté cuidando cada paso. Me acerqué diestramente a la puerta y, con mucho cuidado, agucé el oído, por tratar de descubrir quién era. Oí una voz calma de una mujer, que le susurraba a alguien:

—Quizá están dormidos.

—¿Pero no habrán escuchado el llamado? —le respondió el hombre—. Voy a intentar otra vez.

Y volvió a tocar. Esas voces me eran familiares, así que, guardando el cuchillo, me avviciné a la puerta y la abrí rápidamente.

—¡Ah, Leo, al fin apareces! —dijo el hombre risueñamente.

—¡Shu, Vladislav! ¡No hagas tanto ruido! —reprendió la mujer.

Eran los Smirnov, feligreses de nuestra misma iglesia, una parejita de señores que vivían del pastoreo en su cabaña, que no estaba muy lejos de nuestra casa. Ellos eran muy gentiles, generosos y fervorosos. Sus hijos vivían en Francia desde ya hace algunos años.

Nos llegaban con una buena nueva.

—Le digo, Leo, que el párroco nos contó que traería hoy noche un lobo, importado de contrabando desde Siberia, y que nos invita a todos nosotros a departir con él una sabrosa comida —dijo el amable señor Smirnov.

—Iré entonces por Ilya, que duerme todavía. Espérennos. Pasen adelante, que son bienvenidos.

—Esperaremos aquí, montando guardia, que estas noches son peligrosas y bien vale ser precavido —afirmó el señor Smirnov, esbozando una sonrisa bonachona en el rostro.

Me acerqué a Ilya y le dije:

—Despierta, hijo, que vamos a comer algo.

Y, costándole mucho, abrió los ojos y me preguntó:

—¿Qué ocurre, papá?

—Que vamos a comer algo, así que levántate.

Bostezando y con la mirada enclenque se levantó, se calzó sus zapatos, si es que se le puede llamar zapatos a esos remiendos de tela que cubrían sus pies, y se levantó pesándole los miembros.

Apresurada pero cautelosamente partimos.

Llegando a la parroquia, el Padre nos invitó a su recámara, en donde dormía. Había decidido guardar toda la discreción posible respecto de este asunto. El lobo se estaba cociendo en la chimenea del cuarto, que humeaba copiosamente a las afueras del templo. Pero como la noche estaba fría y oscura, no se levantaría sospecha alguna.

Bastó que pusiéramos un pie en el cuarto para que Ilya, tomando fuerzas de no sé qué mundo, se acercara al párroco para inquirirle:

—Padre Dimitri, tengo una pregunta.

—Dime, pequeño Ilya —contestó el anciano hombre.

—¿Adónde van las almas de los animales?

—Los animales no tienen alma, hijo mío. Solo los hombres somos dignos de poseerlas. Así lo dictan las Escrituras.

—No molestes más al padre Dimitri, hijo mío —le dije entre dientes a Ilya.

Y cabizbajo y carifruncido, con la mirada abatida, se sentó en el suelo, contra una pared del cuarto, y me dijo:

—Pobre gallina, pobres animales, tienen un final tan triste y no tienen recompensa en el Cielo.

Aquella sensibilidad pueril me conmovió y me fundí con él en un tierno abrazo, y le dije:

—Alguna recompensa Dios les reservará...

La señora Smirnov anunció que ya estaba presto el lobo. Lo sirvieron completo. Siempre es cómico ver al depredador convertido en presa; no por mero resentimiento, sino por la sensación misma de ver las cosas hacerse de tal modo. Siempre un ser más grande te obliterará. Así es en el mundo de los animales como en el de los hombres: los depredadores se convierten en presas, pero las presas siguen siendo presas; los kulaks se volvieron presas, nosotros los bedniaks seguimos siéndolo; ellos siguieron nuestra suerte.

Hicimos una oración de gratitud previa al festín. Luego comimos con la sencillez de los menesterosos, pero con el goce de los reyes. Fue una cena llena de dicha. Hacía tres semanas que no comíamos, desde que los Smirnov decidieron convidar a la comunidad una deliciosa carne de cordero, el último de su antiguo rebaño.

Ilya languidecía: su cuerpecito no estaba hecho para soportar tales inclemencias, así que le di un trozo del muslo izquierdo del lobo, que le costó comer. Yo, por mi lado, devoré el corazón, que supo a cerdo.

Mientras terminábamos de yantar, los que ya habían terminado canturreaban *Noche de luna*: “¡Por Dios, qué noche clara, iluminada por la luna y las estrellas, hasta se podrían recolectar agujas!...”. Y mientras cantaban, oí al Padre Dimitri rezar una oración de agradecimiento. Todos, después, fuimos quienes le agradecemos a él. A lo cual respondió diciendo:

—Hijos míos, ustedes me hacen una hermosa compañía y honran la palabra divina con cada una de sus acciones; cuando menos ameritaban una recompensa de parte de Dios por su noble esfuerzo y sacrificio.

Y a tutti entonamos una oración de agradecimiento.

Luego todos nos fuimos. Ilya y yo caminamos acompañados de los Smirnov. Les agradecemos el habernos contactado y nos despedimos de ellos.

Acosté a Ilya. Él estaba alicaído, sin fuerzas. Era verdaderamente vulnerable. Yo, por mi parte, estaba más que fortalecido y enérgico. Sentía que podía revivir las proezas de los antiguos; pero me entregué, mejor, a los brazos del sueño.

Desperté a las diez de la mañana, lo confieso, con un ánimo incomparable. Es consabido que los tísicos, cuando están a punto de morir, tienen un momento de lucidez. Quizá eso era lo mío, así fue con Marie. Una lucidez fugaz, pero estaba dispuesto a aprovecharla mientras durase.

Ilya abrió los ojos cuando me vio pararme del colchón mugriento sobre el que dormía. Me miró y sus ojos delataban un sufrimiento inefable. Acerqué mi mano a su sien y sentí el ardor.

—¡Ilya, estás febril!

Sacudió afirmativamente la cabeza, mientras lágrimas de dolor y desespero manaron de sus ojitos.

—Dame un segundo —le pedí, mientras tomaba la botella de vodka—. Bebe, bebe.

Y bebió. El licor transitó por su gástrico con vigor y sin anestesia, así lo hizo ostensible su mueca de dolor.

No teníamos medicamentos. Cuando empezó la crisis, todos los ricos del pueblo huyeron con lo que pudieron, y las boticarias cerraron sus puertas tan pronto como fue posible, y lo único que quedó se saqueó desde los primeros días. No nos quedaban más opciones: o beber vodka o hacernos al dolor.

La fiebre de Ilya amainó un poco y se pudo levantar despacio, aunque con dificultad. Le tendí mi mano, en la que se apoyó para ponerse definitivamente de pie, y me dio un abrazo y lloramos juntos, muy juntos, contentos de tenernos aún el uno al otro, tristes de solo tenernos el uno al otro.

Habiendo vuelto de ese trance, le miré a los ojos y me dijo:

—Te amo, papá.

Y una lágrima escurrió por mi mejilla izquierda y cayó sobre su pelo, mientras nos fundíamos en otro abrazo, tan caro y sentido como el anterior.

—Los Smirnov fueron muy corteses en avisarnos —le dije—. Si no fuera por ellos...

—Sí, papá.

—Pobres... ¡y cuando nos dieron de comer de su rebaño! Esa gente es mansa y de buen corazón.

—¿Como las ovejas?

—Como las ovejas.

Un silencio invadió la sala.

—Es consabida entre nuestras gentes esa fábula de que la gente se convierte en lo que come —puntualicé—, y que en su buen o mal comer está la fórmula de su perennidad o de su efimeridad.

—¿Qué es eso de *perennidad* y de *efimeridad*?

—*Perennidad* es de algo que dura mucho; *efimeridad*, de algo que dura poco.

—Gracias, papá.

Y otro silencio.

Inclinándome en el suelo, poniéndome de rodillas y juntando mis manos, le indiqué que era hora de rezar. Y rezamos. Debíamos ser gratos por cada concesión que el sino nos había entregado de la mano divina.

Pero no es solo con Dios, sino con nosotros mismos, que debemos rendir cuentas. En la vida, cuando todo se ha perdido, no queda sino la esperanza de volver a ser uno mismo; no basta ser alguien de por sí, que muchas personas pueden lograr ese propósito con facilidad; no basta ni siquiera que importe o no el talento, los dones, las virtudes, que todas esas son cosas superfluas en este mundo; es el ser auténtico lo único que vale: mundo, natural, puro, mejor dicho, en su quintaesencia, porque no hay bien máspreciado en este mundo que poder decirse las cosas a la cara y confrontarse ante ese tribunal interno del hombre, juzgador de todo acto, bueno o malo, altruista o interesado, en fin, ese espacio de soledad en que el hombre es consigo y para consigo.

—Más allá de este mundo, Ilya —le dije—, te vas a encontrar con muchas cosas: con gente buena, con gente mala. No seas siempre desconfiado, pero sé consciente de que cada acto que hagas debe procurar ser bueno, y con ello ten fe de que te tratarán bien. Así son los Smirnov. Y así quisiera que fuéramos, porque quien hace bien le guarda bien.

—Amén, papá.

Y pasamos el día reposando. Ilya seguía débil y febril, así que decidí dejar que descansara, y mi instinto me impedía abandonar la casa. Llegada la tarde, al fin pudo dormir, y así siguió por la noche. Yo, por mi lado, permanecí en vela y atento, pendiente de cualquier sonido o movimiento.

¡Tiempos duros! Era la constante amenaza de que algún día nos asaltaría tras la penumbra uno de esos antropófagos llevados por la necesidad; o que un oso entraría, guiado por el instinto y el hambre, a nuestros pueblos tan solitarios, que, incapaces de producir temor en las bestias, pero sí en los humanos, eran expugnables con tal sencillez y flacura de defensas.

Pasaron seis días e Ilya solo empeoraba en salud. Tampoco comimos. Los Smirnov pasaban ocasionalmente a preguntar cómo íbamos, y yo les pedía información del Padre Dimitri y de nuestros demás conocidos. Todos

vivían, pero el hambre volvía a aparecer y no había otro lobo que comer.

Pero fue el séptimo día el fatal. Languidecía y su mirada macilenta expresaba la mueca del pesar y la resignación.

—Papá, ¿qué me ocurre?

—El hambre, hijito mío —y sollocé.

—Me arde la frente.

—Ya no hay vodka, ni hay medicación alguna. Aguanta, hijito mío, aguanta.

Vino el Padre Dimitri a asistirnos.

—Querido Leo, ¿cómo se encuentra el pequeño Ilya?

—Mal, Padre. El hambre lo va a matar.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡No sé! No tengo nada para darle: ni comida, ni medicina, ni siquiera agua o vodka.

—Hijo mío, si llega algo de pan...

—¡Cuando llegue será tarde!

—... trataré...

—¡Demasiado tarde!

—... lo siento.

Y entre llanto, caí al suelo, vencido por el sopor causado por el hambre y por el pesar de ver a Ilya así.

—Es lo único que me queda. ¡Lo único! Aleksei, Marie... ¡Ilya no puede seguirlos! Maldigo al Gran Líder y a toda su estirpe, que nos condenó a este sufrimiento.

—Maldecir, hijo mío, solo es lanzar vituperios al aire, y son incapaces de sanar el alma y de prevenir el mal. Si Ilya muere, Dios no lo quiera, se unirá a los ángeles en el Cielo.

—Si muere, Padre, quedaré yo solo en el mundo, y pobre y mísero y al borde de la muerte. Que me lleve a mí y no a él.

—Los designios de Dios son misteriosos... Si me permites —se detuvo—, déjame brindarle los santos óleos.

Y entró a la casa.

Llegó la tarde y después la noche, más oscura que nunca.

Me senté en la mesita que colindaba con un viejo barril donde guardábamos el agua en tiempos de bonanza. Rezumaban de él gotas de agua guardada, espesa y hedionda. Me habría deshecho de él, pero era una de las pocas cosas que teníamos de mediana utilidad.

Vino a mi memoria el lobo de la semana pasada. Apareció como un recuerdo obsesivo, que zigzagueaba por mi mente, acercándose cada vez al epitáfio.

¿Era una ensoñación despierta? No pude sino descreer del mundo y cedí a los impulsos fatales.

Me recosté al lado de Ilya. Un calor inmenso me invadió el cuerpo y mis extremidades empezaron a titilar, imbuidas en un perpetuo vaivén descontrolado, compenetradas en una danza extraña, acompañadas de un inmensurable apetito. En ese frenesí, perplejo, atravesado por no sé qué instinto primal, que enmudeció la voz de la razón en mi cabeza, vine a decidir no por piedad, sino por hambre, el destino de mi hijo. Mis manos fueron al cuello de Ilya y lo ahorcaron con una fuerza brutal.

Gimió y gimió, pidiendo por su vida, pero no se la permití. Y murió, murió con la mirada del horror, con los ojos abiertos. Y ese instinto primal, concupiscente, se justificó solo en el hambre irrefrenable que me invadía: la del lobo, la de la bestia.

Devoré la piel del cuello, que se hizo blanda y rápida de comer. Siguió el rostro, del que no quedaron ni aquellos ojos ateridos. Y luego no supe nada más, me embriagué en ese infausto banquete.

Desperté al amanecer, cuando el primer rayo de sol traspasó la ventana. Yacía yo en el suelo, cubierto de la sangre de Ilya. Yo, filicida, como “el Terrible”. Recordé el trance, que creí había sido pesadilla. Pero todo había ocurrido.

Decidí exilarme de mí mismo y juré que no volvería a beber fuente alguna, por no recordar mi fatal destino. Ahora, yacente, al lado del cuerpo de mi pequeño Ilya, hijo mío, hijo amado, mi único tesoro en la Tierra, muero junto a ti, culpable y arrepentido. Dios me guarde.

Ahora sé a dónde va el alma de los animales, Ilya. Solo los hombres somos dignos de poseerlas.

# Maullidos en la corte

TRA

Un día, un gato fue llamado a testificar. Fue el último que vio con vida a las víctimas, su familia. Había maullado toda la noche hasta que un vecino decidió ver qué pasaba.

El gato entró al juzgado mientras todos hablaban entre sí. Saltó a su puesto y maulló. Todos callaron salvo el acusado, a quien no le importó la presencia del gato. El juez lo regañó por su falta de respeto, pero al acusado no le importó mucho, mas le pareció extraño el silencio creado por el maullido. ¿Acaso lo del gato iba en serio?

El juicio siguió el debido proceso con normalidad, pero el presunto agresor seguía pensando en el gato. ¿Le generaba dudas? No, era un gato. Pero aun así lo habían llamado a testificar. ¿Será que sí habla? Puede que sea como lo que había visto en el periódico, del perro de narcóticos que llevaron como testigo la semana pasada. Pero allá el juez se emputó y suspendió audiencia, entonces, ¿por qué acá todos se callaron con el maullido?

El tinterillo tocó el hombro del acusado y le señaló el estrado.

TINTERILLO: Suba que ya el fiscal le va a hacer las preguntas. No se preocupe por ellas, que son las mismas que repasamos ayer. En el peor de los casos le ponen multa, pero igual, concéntrese y todo saldrá bien.

Y eso hizo, siguió la orden en silencio y subió al estrado, olvidándose del gato.

Efectivamente las preguntas del fiscal fueron las mismas que las del tinterillo: que si tenía alguna relación con la víctima, que dónde había pasado esos días, que cuántas deudas tenía la víctima con él y a cuánto interés. Todas fueron respondidas acorde al guion del tinterillo. Al ver que sus preguntas no surtían efecto, el fiscal se devolvió a su puesto, donde ya estaba el gato.

Ante este fracaso, el acusado sonrió y se paró del estrado para ir a su asiento. El juez lo detuvo, diciéndole que aún no acababan las preguntas, mientras señalaba al gato, que seguía en el puesto del fiscal.

ACUSADO: ¡Es un gato, un bendito gato! ¿Qué preguntas va a hacerme si solo sabe maullar?

JUEZ: Señor, no me grite. Tampoco le he dado permiso de hablar. Guarde silencio.

El gato ajustó su postura y esperó el permiso del juez.

JUEZ: Continúe por favor.

“GATO”: Meow Meow. Meow, meeow, Meoow.

El presunto agresor no se aguantó la risa. Sí resultó igualito a lo del caso del perro. Por un breve momento pensó que el gato hablaría, pero no, era un gato, UN GATO, un simple gato.

JUEZ: Señor, responda la pregunta por favor.

PRESUNTO ACUSADO: Disculpe, su señoría, pero, ¿qué pregunta?

JUEZ: La que le acabaron de hacer.

PRESUNTO ACUSADO: Señor juez, lo que hizo el gato fue maullar, no preguntar. Ellos no hablan.

JUEZ: ¡Señor, responda la pregunta!

¿Y ahora qué se dice? ¿Cómo se le responde a un gato? Y, sobre todo, ¿por qué nadie decía nada?! ¿Acaso el único que no le entendía al gato era él mismo? No lo sabía. Intentó buscar ayuda en su tinterillo, pero este solo le hacía gestos para que se apresurara a responder. ¿Qué hacer, qué hacer? Sí, era obvio: si un gato maúlla, pues se maúlla en respuesta y ya.

PRESUNTO ACUSADO: ¿Miauu, mia?

Todos los presentes parecían haber oído algo inesperado. Tanto que el mismo tinterillo golpeó la mesa y escondió su cabeza entre sus manos. El fiscal no se veía por ninguna parte. En su puesto solo estaba el gato.

“GATO”: Meow, meow.

El agresor no sabía ya qué decir.

PRESUNTO ACUSADO: Su señoría, no entiendo lo que dice, no entiendo qué pasa, ¿por qué un gato me interroga?, ¿dónde está el fiscal?

JUEZ: Señor, deje de maullar y conteste.

PRESUNTO ACUSADO: Pero su se...

JUEZ: ¡CONTESTE O LO DESACATO!

PRESUNTO ACUSADO: Miau.

El juez le ordenó que se sentara. Después hizo silencio. Dictó sentencia y pidió que se llevaran al agresor.

Se dirigió a su tinterillo para saber qué hacer ahora, pero este estaba tan ensimismado que no lo vio.

TINTERILLO: ¡Dios! Este caso no tenía pérdida, ¿cómo llegamos a esto? Solo tenía que decir lo que habíamos repasado y ya, Y YA, NADA MÁS, ¡Dios! Pero no, tenía que cagarla de esta manera.

CULPABLE: ¡¿Mieiu meou miau?! ¡¿Mia miau miew?! Meow mia miau meow mi miw miau, meow meow, miau meow meoww.

El tinterillo no le entendió. De hecho, ya nadie le entendía, porque solo los gatos saben maullar.

# Dog Fish

Daniela H. Zapata

Alisto mi agenda, abro el mapa y voy por el Océano Atlántico, sin cumplir mi misión. Es la primera vez que me toma tanto tiempo.

Hasta ahora solo se habían presentado tareas fáciles como rescatar, ayudar o buscar a alguien, pero han pasado varias horas y no tengo ningún rastro significativo.

Como perro rescatista no me puedo rendir. Además no creo que otro pueda hacer lo que yo hago.

Todo comenzó en un verano cuando mi dueño decidió mudarse a San Andrés, una decisión que inicialmente no me entusiasmó debido al drástico cambio de vivir en la ciudad a hacerlo en una isla. A pesar de mi resistencia inicial, mi relación con el mar comenzó a cambiar.

Los primeros días no quería salir de la casa. La única arena que veía era la que el humano siempre traía en los zapatos, en el pelo, en todo. Hasta que un día me obligó a salir. Fuimos a la playa, me senté en una silla mientras se lanzaba al agua con una vestimenta muy peculiar, que no sé explicar: unas gafas enormes, trompa como de elefante, zapatos de payaso y una maleta grande. Mientras él se aventuraba en el mar, yo observaba con cautela desde la orilla. Sin embargo, una ola repentina me arrastró y me sumergí en el mar.

Di vueltas y vueltas, las olas me tiraban como un muñeco por todas partes. No sabía dónde estaba. Durante esos momentos de angustia experimenté una sensación de calma cuando finalmente pude respirar bajo el agua. Sí, respiré. No entiendo cómo ni por qué pude hacerlo; solo sé que nadé y nadé alrededor y, cuando me sentía cansado, solo sacaba la cola del agua y eso me recargaba.

Mi amo me estaba esperando en la orilla con una sonrisa de “Sabía que te encantaría”, y así el temor al agua se fue. Eso de jugar a la pelota, perseguir gatos y carros no tenía sentido. Quería ser un Dog Fish. Nadar se convirtió en un hábito. Primero lo hacía por explorar, por diversión. Pero la idea de ser rescatista empezó al encontrar una escena que era desgarradora por dos razones. Primero, porque la criatura implicada daba mucho terror: era la primera vez que me encontraba tan cerca de un tiburón. Segundo, en la situación en la que se encontraba, con una de sus aletas heridas y atrapado entre dos redes que venían de la superficie, fue algo que no pude ignorar.

Antes de comenzar el rescate casi muero de un mordisco. Si no fuera porque lo esquivé no estaría contando esta historia. Pero se calmó cuando empecé a morder las redes. No les miento, pasó mucho tiempo, pero funcionó. La red fue cediendo y se desbarató, cayendo pedazo a pedazo en el fondo del océano. Mi amigo de dientes filosos logró salir, y desde entonces hemos entablado una amistad muy inusual: un tiburón y un perro nadando por todo el mar Caribe.

El trabajo de rescatista nunca para, siempre hay una criatura que tengo que salvar del agua inclemente del océano. Un día, un barco de carga atracó en la costa, trayendo consigo un grupo de aves exóticas.

Al abrir las compuertas, un grupo de aves largas, blancas, con plumaje colorido y patas doradas, emergió cautelosamente, danzando con un baile árabe alrededor de su líder. Estas aves siempre viajan en grupos grandes a islas apartadas o en zonas donde hay lagos y ríos caudalosos. Son muy misteriosas, aparecen y desaparecen, las veo a veces nadando o bailando en las playas. Para asombro de todos, pronto nos dimos cuenta de que no podían volar.

Hablé con el líder, que era el más alto de todos. Sus plumas eran más oscuras que el resto y era al único que medio le entendía cuando me hablaba. Dientes Filosos les había contado sobre mi fama como rescatista.

El líder de las aves me explicó la razón de sus viajes: estaban realizando una serie de experimentos para aprender a volar. A pesar de tener alas, estas no funcionaban y sus ancestros les habían encomendado la ardua tarea de volar.

El experimento constaba de varias partes. Primero, se reunían todas las aves y realizaban un ritual con cantos en un idioma extraño para mí, seguido de bailes alrededor del líder. Luego, elegían un ave por día para que desde una parte alta se lanzara y batiera sus alas, intentando volar. Sin embargo, todas caían directo al mar, donde yo cumplía mi misión de encontrarlas y rescatarlas.

Todo iba bien, cuando la elegida del día comenzó a volar mientras caía. Aleteó varias veces y se sostuvo en el aire, para luego desaparecer en el mar. Un silencio reinó en ese momento, sin ruido del mar ni olas. Me dispuse a buscarla, pero después de una hora no la encontré, solo una pluma de colores en el fondo del mar. Al informarle al líder me miró melancólicamente y susurró: “Experimento 20.202 de vuelo salvaje, fallido. Es hora de regresar, continuaremos con el experimento en otro momento”. Luego, hicieron una reverencia hacia mí y desaparecieron entre las palmeras.

Yo continué con la búsqueda de la desaparecida. Recorrí mucho territorio, pero no encontré ningún rastro que me ayudara. Lamentablemente, la pobre fue abandonada en el mar. Las aves no volvieron a aparecer.

Al finalizar el día, mi amigo Dientes Filosos me alcanzó en el camino de salida con una mirada ansiosa y una pluma de colores en sus dientes. Al reconocerla, mi primera reacción fue de frustración y rabia, pensando que se la había comido. Le mordí una aleta, sin importar que fuera más grande que yo.

–Calma, Dog Fish, no es lo que parece, te tengo buenas noticias. ¿Te acuerdas del rincón secreto de las tortugas por isla Providencia?

Me quedé mirándolo confundido. Al ver que no respondía, siguió:

-Mi querido amigo, estaba pasando por esa zona y me encontré esta pluma. No era la única, había otro par más adelante. Traté de averiguar algo para ti, pero cada vez que me acercaba a las tortugas solo miraban mis colmillos y salían huyendo, ya sabes. Si quieres te puedo llevar para que averigües por ti mismo.

Seguía confundido, era demasiada información para procesar, solo asentí varias veces y saqué mi cola a la superficie para descansar. Esta empezó a moverse rápidamente como loca de la emoción.

Me calmé y mi amigo me llevó a la zona de las tortugas. Se fue rápidamente, no queríamos espantarlas con sus grandes colmillos. Encontré a todas reunidas alrededor de una de las plumas de colores, mirándola con sorpresa y tristeza. Una de ellas murmuraba: "Se fueron volando, se fueron volando".

No podía entender lo que decían. Salí a la superficie y vi que Dientes Filosos y otros animales tenían la mirada hacia el cielo. Entendí por qué estaban tan asombrados: el cielo estaba lleno de colores. Nuestras visitantes coloridas estaban volando juntas y abandonando la isla.

Misión cumplida.

# Prioridades de balcón

Pablo Sierra Saldarriaga

Infeliz amanecer del abuelo

Dominguero: paloma sin iglesia

Que presurosa se parqueó en la hortensia

Sacrificándola a caneca y duelo

Viejo, no volviste a saber del suelo

Ni que la paloma era tu anestesia

Tampoco que invocabas la eutanasia

Al cantarle a la abuela de tu anhelo:

Vieja, vieja, mirá a esta sinvergüenza

Se metió una paloma de platica.

¡Eh avemaría, no, qué belleza!

Eso parece hasta de ceramica  
Pero mañana se va de mudanza  
No sea que se cague en la matica

La jardinería padeció al nido  
Y se justificaron las sonrisas,  
Los abrazos frustrados de las misas,  
El calor que llevaban escondido

Viejo, viejo, vivís despalmado  
Vieja, ¿vos cómo decís esas cosas?  
Eso son tus hermanas, las chismosas,  
Que no tienen paloma ni marido

Cautivos por el ritual se olvidaron  
De las porcelanas, la alegadera.  
Noche y día en el balcón se sentaron,

Pichones, sin darse cuenta a la espera  
Del día que huérfanos comprendieron  
Que la hortensia volvió a ser lo que era.

# Huevos estrellados

Ana María Cadavid

*Éste que ves, engaño colorido,  
que, del arte ostentando los primores,  
con falsos silogismos de colores  
es cauteloso engaño del sentido...*

*—Sor Juana Inés de la Cruz*

—¡Alejandro! ¿Quién irá a ganar estas elecciones?

¿Sí la oyen? Es Ana con sus dudas existenciales.

No es por descrestar, pero yo soy la esperanza de este corral. Antes de mí solo hubo dos pollitas, y las pobres, cuando habían empezado a poner, zuaz, se las llevó el diablo. Una chucha se zampó a las nenas... Injusticias de la vida, los dos gallos quedaron intactos. Ana se quejó porque se les había acabado el paraíso y tuvieron que enmallar todo el corral con anejo de alambre.

En fin, el caso es que llegamos directo de la jaula al corral a revisar cada rincón, cada nido, cada escalera, cada envarado. La verdad es que fue como aterrizar en un conjunto residencial nuevo o mejor: en un resort.

Los gallos andaban afuera, inocentes, mientras mis dos compañeras cotorreaban sin recato. Que este nido es para mí, que vean la comida está por acá, el bebedero de agua es nuevo, que hay techo y no llueve. Las bobas hable que hable y yo calladita me acomodé en una esquina a pistear a los gallos. El blanco salió despistado de entre la platanera y, de un momento a otro, pilló la onda de mi pensamiento y se vino en una carrera tan aparatosa que el colorado se dio cuenta de que algo sucedía y salió histérico detrás.

Cacareó como loco por la manga hasta rebasarlo.

No voy a decir que fue amor a primera vista, pero...

Ante el escándalo de los viudos, Ana dejó el pocillo de café en la mesa de la terraza y celebró la fiesta abriendo el corral: ¡Entren muchachos que les trajimos novias!

Y al día siguiente ella nos bautizó como a sus faros literarios. A mí, que soy más oscura, me llamó Sor Juana Inés de la Cruz, a la gris saraviada, Lucía Berlín y a la blanca más pura, Alice Munro.

¡Como si con eso fuera a solucionar sus problemas creativos!

Pobre.

El caso es que el domingo no nos abrieron la puerta y nos dejaron encerrados para que nos adaptáramos a la vida en comunidad. Me dije okey, no hay afán, me lo tomé con calma y, en ese irnos conociendo, supe que ellos, los varones, tienen nombres de animales corrientes. El colorado es Caramelo, y el otro, por lo blanco, se llama Algodón.

Esa primera semana la destiné para ir de vara en vara exhibiendo plumas porque, claro, la vida poliamorosa es así. Tenía que hacer que ellos notaran que yo tengo la cresta más grande, o mejor, la que de verdad tiene cresta porque a Lucía y a Alice apenas se les estaba dibujando una línea rosada en la cocorota. Eso para mí fue una ventaja que tenía que aprovechar y, desde el primer día, los gallos, todos tiernos, se pusieron galanes en plan de conquista.

Al anochecer el colorado, que es el más experto, el más bonito, divino, aleteó hasta el segundo piso y de ahí al tercero para cantar desde arriba. Las tres, paradas en la tierra, lo miramos extasiadas. Guau, más que guau, ¡cocorocó! Después Algodón hizo lo propio, pero en silencio. Y a continuación nosotras; mi persona adelante, pasito entre paso, subimos por las escaleras. Piso uno, piso dos, piso tres. Coronamos el corral.

Arriba me hice la tonta; di vueltas en redondo para que los gallos nos hicieran espacio. Las tres nos ajustamos entre ellos, pero, claro, yo me acomodé junto a Caramelo.

Una sabe a quién se debe arrimar.

—Así me gusta, bien democráticos en el penthouse.

Ahí está Ana con sus ideas políticas.

Qué más les puedo decir... La vida en la finca es, la verdad sea dicha, ab-so-lu-ta-men-te-pre-de-ci-ble. Cuando se oye el chirrido de la portada, Caramelo, de una, deja de comer y se para en la puerta del corral. Ellos parquean y él canta como loco. Es chistoso; no crean que es un homenaje de himno a la bandera ni nada parecido. ¡Qué va! La cosa va más por el lado de: ¡Abran este puto corral!

Y funciona.

El primero en salir es Caramelo que, con sus plumas doradas, da un salto a la grama y nos empieza a llamar con delicados cacareos. Yo me hacía de rogar parada en el borde de la puerta abriendo las alas para que no salieran las otras, me refiero a la Munro y la Berlín, para que así, cuando yo diera mi salto, los viudos se extasiaran. Por supuesto que el pobre Caramelito no se resistía y de una, chaz, chaz, se me montaba con un picotazo en el cuello... y me daba un toquecito en la cola que me desbarataba. Detrás, mordiéndose las uñas, salían las chicas y Algodón de azúcar... El pobre “Don algo” a un metro de distancia.

—En las encuestas electorales no se puede creer.

Las estadísticas de Ana no fallan.

Y fue una época de pastorear entre yerbas, de andar despelucada paseándome junto a mi colorado... lanzando miradas al blanco. Ellos se trepaban en las sillas de la terraza con aleteos y nosotras detrás saltábamos al sofá y de ahí a las mesas... y Ana nos servía unas veces cebolla picada, otras arroz o pimentón, cosas ricas que hacían de los fines de semana un banquete.

Todo fue muy light hasta que un día me agarraron unas ansias en el fundillo y, entonces, Caramelito, que es un experto, buscó un rincón en el sofá, me llamó rastrillando con las patas, fui corriendo y plin, deposité mi primer huevo.

¡Punto para Sor Juana!

—¿Dónde dejaste los votos de castidad?!

Ay Ana, vos me pusiste nombre de monja, pero el espíritu, el espíritu es otra cosa.

Al principio, aplazaba las posturas hasta los viernes o sábados. Me gustaba el espectáculo. Ella celebraba la sorpresa que le dejaba en el sofá o en la silla o en el frutero. Me encantaba descrestarla con el color. Los miraba extrañada y se llenaba la boca explicándose que no son propiamente blancos sino verde “ice”, como los témpanos de hielo de la Antártida... de Groenlandia... del Polo... Gemas preciosas.

En esos días Algodón estrenó su garganta con un canto destemplado que hizo reír a las chicas, pero Caramelo se puso celoso y le mostró las espuelas. Y ahí fue cuando la cuestión de los huevos dejó de ser un pasatiempo de fin de semana para convertirse en asunto de todos los días. No podía evitar dejarlos abandonados en el corral, en un rincón o en otro, despertando la codicia de Ana que metía la mano para llevarlos a su casa.

—Voy, merco en el corral... y huevos estrellados al desayuno.

Ves, Ana, vos me das comida y yo te pago con más...

Todo iba perfecto hasta que un domingo ella vino contenta diciendo que ese día eran elecciones y, no sé, pero, como presintiendo algo, empecé

a sentirme explotada, gallina objeto, tan aburrida que le dije a Caramelo que escarbara un nido debajo del primer peldaño para allí, uno tras otro, poner mis huevos.

Cada día que pasaba ella los iba sumando sin tocarlos y después de una semana entera, tras un último esfuerzo, me agarró una culequera que me hizo esponjar el hábito y hundirme en el nido.

—Vamos a tener pollitos...

Ella se sobó las manos y yo me enclaustré en mi bunker para calentar huevos. ¡Siete huevos!

Todo parece perfecto hasta que llega Ana, me eclipsa el sol, se sienta y suspira.

Y ahora, ¿qué te pasa mujer?

—Sospecho que nos hicieron trampa.

No me digás: ¿Vas a cambiar los huevos por votos?

—Deberían hacer un recuento... pero nada.

¿Hablás del corral?

—La democracia no tiene sentido.

Amenaza nuclear...

—¡Todos hacen trampa!

Cavá tu propio bunker.

—Y nada qué hacer.

Sin dramas, querida.

—País de ratas...

Se te acabó el mundo.

—No hay más que rila, pura rila.

Relajate, respirá despacio: inhala, exhala, inhala, exhala...

—¡Alejandro! ¡Vení rápido! ¡Están piando! ¡Qué ternura! ¡Mirá!... Seis bolitas de algodón con patas.

¿Sí la oyen? Esa es Ana recuperando su fe de gallina ciega.

# Reflejo

Isabella Morales Ríos

Me veo al espejo.

Mis plumas paradas,  
muchos calvos y pedazos despoblados,  
muestran cómo estoy.

Cansado.

Cansado de taconear.

Taconear para andar,  
taconear para comer,  
taconear para vivir...

Taconear y

ta co ne ar.

Mis patas, que más que fortuna se convirtieron en maldición, no paran.

El un, dos, **tres**, cuatro, cinco, **seis**, siete, ocho, **nueve, diez**, un dos en la madera cual tabla o' flamenco son la banda sonora de mi historia de terror.

Esas zancas que se mueven solas como respondiendo a una canción maldita, tan maldita como cada paso que me ha traído hasta aquí.

Las garras se agitan cada vez más rápido, cada vez más fuerte,

como si fuesen persiguiendo un gran sueño o como si al contrario huyeran de una espantosa pesadilla.

Suena el clic clac plop,

he matado al ratón.

Silencio.

Ding dang dong,

la última tonada que tocó mi corazón.

# Hay una araña en tu chocolatera

Natalia Torres Jaramillo

Apenas han pasado tres días y ya se pasea una araña por la cocina. Ella sabe que te fuiste. Las arañas esperan las ausencias para llenar los vértices de la casa con sus redes.

Se esconde en tu chocolatera, en la esquina del mesón donde siempre la ponías. Sabe que nadie la usa, que era tuya y que tú ya no estás. Yo a veces te hablo, pero es ella quien escucha. No tú.

A veces casi preparo chocolate -no para mí porque me dan agrieras, ni para mamá porque ella toma tinto-, solo para sentirte cerca. Y luego la veo, o a su telaraña con alguna mosca atrapada y agonizante, y entonces nunca lo hago.

Ya han pasado siete días y mamá no ha salido del cuarto. Si lo hubiera hecho, ya habría lavado tu chocolatera. No. La habría tirado a la basura, con la araña adentro. Y yo la habría dejado hacerlo.

Te llevaste hasta la última de tus medias, pero dejaste la chocolatera. Una estrategia minuciosa y macabra, me parece. Porque te aterra ser olvidado. A mí ahora me aterra querer tanto como te quise.

Empieza a acumularse el polvo en la esquina del mesón. Y ahí está la araña. Ahora dos. Tres. Cuatro. Caminan por encima mío. Se pasean por mi rostro y se deslizan por mi llanto. Soy una figura errante por esta casa de arañas. Mamá es una mosca.

Estamos envueltas en tu tejido pegajoso. Un movimiento en falso y no tendrás reparo en atacar y acabar con nosotras para siempre. La chocolatera es tu refugio. Somos tus presas. Vete, pero vete del todo. No vuelvas nunca.

Ayer mamá sembró una flor en tu chocolatera y fue la primera vez que pensé en ti desde hace meses. Me aseguré de que la casa estuviera limpia. Si dejo que se acumule el polvo, tú volverás. Vendrás para recordarme que él ya no está.

# Sabor agrio

Adela Mesa M.

Al llegar, no quería que la casa estuviera sola. Solté el morral encima de la cama, me quité el uniforme y me quedé con la camisa blanca y los shorts que llevaba debajo de la falda. Entré al patio de las matas de la abuela. Las azaleas estaban perfectamente alineadas sobre el seriado de baldosas terracota y amarillo. El sol de la tarde las bañaba. Eran coquetas y altaneras, lucían con arrojo sus vestidos de colores desde el atril de hierro. Algún novio desprevenido las miraba a lo lejos.

Saludé sin respuesta. Casi pude escuchar el eco de mi voz en las viejas paredes del caserón del barrio San Joaquín. Escuché un crujido en la madera de mi cama, parecía que tenía compañía. Miré por la ventana que desde el corredor daba a mi habitación y no vi nada. Escuché el crujido de nuevo, pero esta vez era en la puerta de entrada, una llave en la cerradura y las risotadas de mi madre anunciando su llegada. Después de ayudarle a entrar el mercado, por fin me dispuse a hacer las tareas.

Desde el estudio podía ver el patio y a mi madre en la cocina. Regué los libros de álgebra encima del gran escritorio de madera. Era viejo y tenía varias fotografías familiares bajo el vidrio. La que más me gustaba era la de mis padres posando al lado del Renault 4 color verde manzana, también la de su luna de miel en Turbo. Evitaba detenerme en una en la que mi abuela estaba vestida de negro mirando fijamente la cámara sin asomo de sonrisa

en el rostro. A su lado estaba mi tío atrapado en un amplio traje oscuro. En su diminuta cabeza sobresalía un mechón de pelo peinado con abundante grasa. El bigote se asomaba generoso hasta las orejas, unos hilos firmes como alambre le sobresalían de los dos orificios que tenía incrustados en una carnosidad que hacía las veces de nariz. Parecía que estaba observando a mi padre, que me llevaba cargada. Siempre he odiado esa fotografía.

Vi cómo mi madre acomodaba las bolsas en la nevera mientras escuchaba las noticias en un transistor. Algunas bolsas vacías que había dejado al lado de las azaleas comenzaron a moverse como si estuvieran cayendo lentamente. No era ella quien las movía, podía verla: tenía medio cuerpo dentro de la nevera y un trapo en sus manos. Mi hermano Tomás y mi padre no estaban en la casa. Salí del estudio con cautela. Las bolsas se movían sin ayuda, corrían con letargo por las baldosas.

Me dominaba el escalofrío. Avancé despacio hacia las bolsas del mercado, algo sonaba en su interior pero era la única que podía escucharlo, mi madre estaba concentrada en “Cómo atardeció Medellín”. Pensé que me enfrentaba probablemente a una forma de vida no humana.

Agudicé mi escucha. Es tranquilizante compartir en silencio los sonidos familiares de la casa cuando se está acompañada, pero ese día me sentía completamente sola frente a esas bolsas con vida propia. No entendía por qué estaba aterrada, no lograba sacar palabra, mi corazón latía descontrolado cuando vi unos pelos firmes, como trozos de hilo para pesca, pegados al lado de algo que parecía una nariz y que se asomaba entre las bolsas de mercado que permanecían en el jardín.

Inmovilizada, con los sentidos completamente entorpecidos, vi al animal rondando cerca, oliendo cada rincón. Iba rápido, exploraba el terreno. De repente el cuerpo se descubrió ante mí. Me rozó el tobillo. Percibí su pelaje y su carnosidad pegajosa.

Un gemido que tenía ahogado quiso encontrar su rumbo. Intentó salir pero se ahogó de nuevo cuando un líquido amargo explotó en mi boca. Tragué ese torrente de agua represada, espeso y con sabor agrio; lo tragué y se me atoró en el pecho con movimientos violentos e involuntarios, hasta que una sustancia amarillenta salió precipitada de mis entrañas hacia

las plantas. Me manché la camisa blanca. La garganta me quemaba, estaba asqueada de mí misma.

No alcancé a reponerme cuando ese ente peludo me rozó la pierna de nuevo. Me encontré con sus ojos, su mirada era atterradamente familiar. Intentó treparme, pero no lo hizo y se escondió rápidamente en mi habitación. Me negué a entrar y alcancé a ver por la ventana las sábanas recién arrugadas. La oscuridad que se avecinaba me provocó más miedo y soledad. Empecé a jadear, mareada. Lo único que se movía era mi pecho: emitía un desagradable sonido, amplificado y ronco. Como suena ciertas noches el radio antiguo del hermano de mi madre.

Ella llegó al patio. Por primera vez me miró esa tarde, por primera vez me habló. ¿Qué te pasa, muchacha? ¡Estás como un papel! Mira qué sucia estás.

Mi estómago estaba revuelto, sentí un dolor fuerte en mi vientre. Cada vez que lo recuerdo, regresa. La sensación de tener algo atragantado en la garganta me impidió responderle. Ese cuerpo peludo y caliente me había rozado y quería treparme, esa sensación babosa me provocó una huella de repugnancia y repulsión que aún hoy no puedo explicar.

—¡Qué asco, mamá! ¡Qué asco! Ese animal me tocó y ahora está en mi habitación —pude por fin gritarle cuando me dio la espalda de nuevo.

# Un mal personaje

Juan Daniel Arias Mejía

Orejas largas, pelo blanco, patas fuertes, dientes grandes, cola redonda, en una hoja casi en blanco, con una hierba verde cualquiera y un río cualquiera, bajo un cielo con una cantidad de nubes indeterminada y el sol en algún lugar.

¡Cómo quisiera que este conejo saltara de renglón en renglón! Lástima que no tenga más páginas para explorar. Tendrá que conformarse con vivir en un mundo a medias, siendo un simple conejo a medias.

¡Cómo quisiera que mi autor me hubiera hecho más creativo y que me hubiera dado un mayor vocabulario para que este conejo y estas hojas no se quedaran tan en blanco como mi mundo y yo!

# Q

Pablo Patiño

El guatemalteco exiliado abre su billetera repleta de inútiles pájaros.

# Desvelo

Julieta Ramírez Rossi

Tras acostarme, los primeros minutos intento quedarme quieta. El miedo de mover mi cuerpo un centímetro y sentir el frío que domina el colchón es mayor que las ganas de voltearme. Solo muevo mis pies, frotando la planta de uno sobre el empeine del otro, dos insectos juguetones en busca de calor.

Si no tengo mucho en la cabeza puedo quedarme dormida en minutos. Pero en las noches largas, en las que la aurora me alcanza antes que el sueño y la almohada se recalienta bajo mi nuca, escucho con alarmante claridad las alarmas de los carros, que me acompañan como el cantar de las cigarras al intentar conciliar el sueño.

Cuando no puedo dormir se me inunda la cabeza con imágenes perdidas. Pienso en las larvas que encontró mamá en el piso de la cocina y que nadie le ayudó a limpiar. Nos mandó un video recogiénolas, como diciendo: “Nadie me ayuda en esta casa, hasta esto lo tengo que hacer yo”. En realidad, no creo que nadie más se hubiese atrevido a recogerlas. Pienso en las hormigas ocupando mis pies. En las mariposas cafés que se posan sobre los ventanales durante la noche y desaparecen por la mañana.

En la mitad de la cama, con los brazos intermitentes entre el pecho y el estómago, siento cómo el contenido del hueco azul se derrama desde mi

esternón, hasta bañar el resto de mis órganos y alcanzar mis ojos. Desbordándose por el rabillo, llega a mis orejas y vuelve a entrar en mí.

Al principio solo eran lágrimas. Las dejé correr a su antojo por mi rostro. Las dejé deslizarse y recorrer mis mejillas como hormigas, una detrás de la otra, en una procesión sin fin.

Estuviese en la fila del súper, en el metro, trabajando, leyendo, mirando noticias, como una gotera mal tapada. Las manos sudorosas hacían que se me resbalaran las cosas. Mi dieta, una mezcla patética de galletas de soda y café instantáneo. Me entraban náuseas al sentarme a comer. Las noches en las que la tristeza se pegaba a mí como una sanguijuela, observaba el cielo y se me hacía que las estrellas brillaban más. Competían con la luz cegadora de los postes de luz al costado de la calle.

Me llama Luis, del trabajo. “Todos están preocupados porque no apareciste en la oficina” “...” “¿Vas a renunciar?” “No sé”. “Esta vez te la van a dejar pasar. Pero si no vas a venir más, tenés que avisar. Son mínimo 15 días, ¿eh? Acordate”. La línea se corta.

Pensar que si renunciaba tenía que seguir yendo durante 15 días a la oficina, me ahogaba.

De noche,

Bi-Bi-Bi

Biu-Biu-Biu

Uuuah-Uuuah-Uuuah

Pi-Pi-Pi-Pi

Me incorporo en la cama lo suficiente para mirar por la ventana. Me llega el tenue resplandor amarillo de las luces del parqueadero frente al edificio. El carro de las ventanas polarizadas tiembla en mitad de la noche. Freno de emergencia hasta el fondo. Seguros puestos. Asientos reclinados. Ventanas empañadas. De vez en cuando, un bocinazo por accidente. Al igual que las cigarras, las alarmas de los carros suenan con más insistencia durante el verano.

Tras unos minutos, una pareja joven se baja del carro. Se toman de la mano y desaparecen entre risitas. Algo se remueve en el hueco. Aunque debería dejar de decirle así. En realidad, el hueco también es mi madriguera.

Pero que haya algo dentro mío donde no sé qué hay y qué se esconde me pone bastante nerviosa. Siento que hay algo malo. Así que, cuando salgo, me aseguro de cerrar con fuerza la entrada para que no se escape nada. Me atemoriza que en cualquier momento alguien levante por accidente la tapa y broten súbitamente las cosas más horribles que guardo.

Cierro la cortina y me recuesto de nuevo en la cama. La sombra juguetona de las ramas de los árboles se refleja en el techo. Una luz naranja invade el cuarto. Se escucha un murmullo tímido, como de alas, patas diminutas que se mueven con impaciencia. Pienso en las larvas. Los insectos suelen ser silenciosos, pero cuando hay muchos juntos, es imposible ignorarlos.

Intento quedarme dormida, pero el murmullo no para. Cierro los ojos y trato de concentrarme. En mi mente, psique, alma, o lo que sea que sea, veo una puerta.

La entrada es grande. Dentro está oscuro y no hay interruptor de luz. El olor a humedad y encierro me invade. Al principio es fácil caminar, pero a medida que me adentro, la oscuridad y el frío crecen. Pienso en volver sobre mis pasos y regresar al inicio. No quiero perderme.

Sigo caminando y el murmullo crece.

En las paredes hay colgados marcos con fotografías viejas. Atiborradas en las esquinas hay varias cómodas con los cajones abiertos, algunos desperdigados por el suelo.

Veo lápices de colores, virutas de borrador, fotos tiradas. Y otras cosas que no logro identificar.

Me agacho para examinar mejor el contenido de algunos cajones. Mirando esos objetos lejanos, el tiempo se detiene.

Me empiezan a doler las pantorrillas de estar agachada, así que me paro y sigo caminando.

No hay bifurcaciones, es solo un camino recto y oscuro.

Volteo un momento y distingo el punto de luz que ahora es la entrada. ¿Cuánto tiempo llevo dentro? Sigo caminando.

El contorno de las cosas se difumina en la oscuridad hasta volverse invisible. Tirito del frío, doy de frente con una pared y una puerta pequeña. Una puertecita tosca, con las bisagras oxidadas y de marco redondeado. El murmullo de la entrada parece venir de adentro.

Me agacho y jalo del pomo de la puertecita. Meto el brazo poco a poco, hasta quedar boca abajo, sumergida hasta el hombro. Con las puntas de los dedos rozo un montículo caliente y viscoso, levemente peludo, que se estremece de arriba a abajo. Me incorporo y lo acerco a mi cara. Está cubierto por diminutas larvas. Entre el moco que lo cubre, asoma lo que parecen ser extremidades humanas de tamaño imposible.

Antes de poder entender qué tengo entre mis manos, una mano negra y delgada sale por la puertecilla y me agarra de la muñeca con fuerza. Con mi mano libre, le doy un manotón, cierro la puertecilla de un portazo y echo a correr.

La mano negra va tras de mí, succionándome hacia atrás. Se arrastra y se lleva todo por delante. Caen los marcos al suelo y estalla el vidrio en miles de pedazos. Me arde la garganta, las piernas, el pecho, lloro del agotamiento, escupo, grito ayuda. A cada zancada roza mis tobillos con sus uñas largas y sucias. El corazón me va a agujerear el pecho. Estoy a pocos metros de la entrada, lanzo el montículo hacia afuera, pero no alcanza a pasar del marco y lo pateo al pasar. Suelta un leve alarido y vuela por el aire hasta perderse. Sigo corriendo hacia la luz, hasta desaparecer.

Me encuentro acostada boca abajo y no logro respirar. Atolondrada, intento recuperar el control de mi cuerpo, al menos de mi cuello y tomar un poco de aire. La alarma de mi celular llega como una bendición y mi cerebro retoma el control. Me giro hacia la ventana, agarro el celular de la mesita de noche, apago la alarma. Un tenue rayo de luz me pega en el rostro.

Más de diez notificaciones con mensajes de “felicitaciones” inundan mi celular. Tengo una llamada perdida de Luis. Son las 10:00 a. m. del martes. Le marco de vuelta.

“Felicitaciones por el ascenso. No sabía que aplicaste a un nuevo cargo”.

Corto la llamada sin responder nada y cierro los ojos. Golpeo mi pecho como llamando a la puerta, sin respuesta. Solo el ruido seco que producen los lugares en los que ya no queda nada.

# La cierva blanca

Estefanía Roncancio Vergara

¿De qué viejo soñador del segundo fugitivo,  
de qué ayer desdibujado, de qué prado  
de las tierras prometidas que el mañana niega,  
vino el Borges que intentó ser dueño?

Astillado en la memoria debes ser mutilado.  
Hay días en que percibo tus pasos sobre la hierba,  
sombras de un encuentro, hoy, enterrado.  
Y la boca de mi alma late a gritos.

Ya no hay tierra que acoja mis pezuñas,  
recibo el viento a patadas y, aun así,  
no dejo de escuchar tu recitar,  
viejo ilusorio, que proclamas porvenires.

Si los númenes te otorgaron aquel sueño,  
Fobétor te hizo bestia en ese instante compartido.

No duermas, fiera que me invocas.  
Acallen tus reclamos golpes de pezuñas.

Escapa de las risas de los dioses,  
que resuenan en la trampa del ensueño.

# Pájaros en la cabeza

Daniel Naranjo

Apareció un jueves, día extraño porque las cosas importantes no ocurren los jueves. Para eso están los lunes o los fines de semana. Es más, incluso están los miércoles, que se ponen justo en la mitad y sirven para representar un inicio a medio camino, pero no, en mi caso, apareció un jueves.

En medio de la vigilia previa al despertar sentí el piar de un ave resonando en mis oídos. Al cabo de unos minutos el sonido me hizo levantar pues parecía aumentar su volumen. Pensé en el despertador, pero aún no había sonado. Es más, ni siquiera veía el sol entrando por el espacio en medio de la cortina y dando justo sobre la almohada. El sonido venía de mi cabeza, así que me dirigí al baño y me detuve frente al espejo.

Allí estaba, mirando mi reflejo. Pestañeeé varias veces y luego me refregué los ojos tratando de espantar el sueño. Bajé las manos y lo vi. Era un ave. Un pájaro se había posado en medio de mi pelo.

Traté de convencerme de que era un sueño, ¡debía serlo! Eso explicaría el sonido en la madrugada, pero me llenaba de dudas. ¡No podía ser real! ¿Un pájaro mirando el mismo espejo en el que yo me reflejaba? Simplemente no era posible.

Me enjuagué la cara y en un acto de valentía me decidí a capturarlo. Fue en vano, pues era rápido como ninguno. Intuía mis movimientos y alzaba vuelo, revoloteaba y se posaba de nuevo. Pensé en tomar una toalla y estiré mi mano lentamente, pero el pequeño se lanzó como un ave de presa y temí que me hiciera daño. Entonces opté por ignorarlo.

Desabroché los botones de mi pijama, la tiré al canasto y entré a la ducha. Pensé que se iría con las primeras gotas, pero no fue así. Se quedó en mi cabeza esperando la caída del agua a la temperatura perfecta para el baño y entonces comenzó a cantar. ¡El dichoso pájaro cantó! Las notas de su silbido rebotaban por las paredes del baño. Me impresionaron los melismas de su voz mientras recorría la escala musical entera. Sonreí. Fue involuntario, pero sonreí.

Salí de la ducha decidido a ignorarlo, pero no era una tarea fácil. Verlo en el espejo tratando de secar sus plumas resultaba un asunto tierno. No bello, insisto, tierno; porque quien cree que los pájaros son siempre criaturas hermosas nunca ha visto a uno recién levantado y metido a una ducha.

Cuando salí de la casa no pude impedir un sentimiento de angustia. Aunque he tratado el tema con mi psicólogo, mi necesidad intrínseca de aprobación me hace preocupar notoriamente por el qué dirán. Esperé el bus en la parada y me subí. Me sorprendió que nadie dijera nada y por un momento pensé que se trataba de un asunto de buenas costumbres, de gente respetuosa y vigilante de sus comentarios, pero pronto me di cuenta de que no era eso. Mirando su celular, nadie le prestaba atención a los demás. Los unos veían videos, los otros escribían vertiginosamente, la mayoría pasaba su dedo hacia arriba una y otra vez. Parecíamos invisibles.

\*\*\*

Descubrí una curiosidad: cuando yo tenía una buena idea, el pájaro cantaba. Pero cuando la idea era mala, sentía que sus uñas se me enterraban ligeramente. Aquello me causó preocupación: tal vez el animal se comportaría como el ratón de Ratatouille y trataría de controlarme como si fuera un títere, pero a lo largo del día no hizo nada de aquel tipo. Sólo se agitaba, volaba y me picoteaba cuando por algún motivo trataba de espantarlo. El resto del tiempo estaba allí, tranquilo, mirando con atención

mis actividades, cantando o enterrándome ligeramente las uñas y dejando clara su opinión.

Seguí mi día normal, con la consciencia siempre atenta en el pájaro, pero al parecer a nadie más le importaba. Pensé que aquello no duraría. Sería un asunto de un solo día y ya. Se iría tal y como había llegado, en silencio, en medio de la noche. Mientras me metía a la cama pensé en si extrañarlo sería una posibilidad, pero me convencí de que, en últimas, era mejor andar sin pájaros en la cabeza. Al fin me quedé dormido.

\*\*\*

El sonido del despertador me sacó del sueño, e instintivamente me llevé las manos a la coronilla. Sentí un objeto extraño y corrí al baño a mirarme en el espejo. El pajarillo había traído una jaula. ¡Una jaula! No logro entender aún de dónde la sacó, pero allí estaba. Para colmo, no era una jaula nueva de barrotes brillantes y dorados. Aunque me esforzara, no podría encontrar razones para decir que era un objeto hermoso, de sutil delicadeza o ningún atributo positivo. Era una jaula de metal, usada, cuyos tiempos de gloria habían pasado. Por lo menos era ligera, casi imperceptible, lo cual agradecí porque no me hubiera gustado cargar más peso sobre los hombros.

Contemplé el reflejo del pájaro y la jaula y por un momento me entraron ganas de llorar. Tomé aire y me decidí a entrar a la ducha tratando de seguir el día con normalidad. Reconocí el canto de ese día como el mismo del día anterior. Salí del baño, lo vi secarse las plumas. Tomé una toalla adicional y traté de secar los barrotes de la jaula. Desayuné fruta, y me sorprendí pasándole directamente al pico un trozo recién cortado. —Mejor fruta que gusanos —pensé. El pajarillo estuvo de acuerdo.

Todo el viaje hacia la oficina medité lo ocurrido. Seguramente se trataba de una alucinación. Podría preguntar a las personas si lo veían, pero aquello traía riesgos inherentes. Imaginé la escena:

—Disculpe señor, ¿ve usted un pájaro sobre mi cabeza? —preguntaría al primero que pasara frente a mí.

—¿Un qué? —respondería, con la mandíbula desencajada.

—Un pájaro, metido en la jaula, ahí, sobre mi cabeza... —trataría de explicar.

—¡Policía! ¡Auxilio! —gritaría la persona, mientras comenzaba a correr.

Decidí no decir nada y quedarme con mis propias cargas. ¡Una alucinación, una alucinación!, me decía una y otra vez, hasta que a pocos metros de la oficina tuve la desagradable sensación de una mirada sobre mi cuello que me sacó de mis pensamientos. Seguramente se trataría de mi jefe, con su costumbre de mirar por encima de nuestros hombros nuestras actividades. Probablemente me despediría, aduciendo el rompimiento de alguna parte del reglamento al llevar mi pájaro mascota a la oficina. Hubiera sido injusto porque, aunque la evidencia indicaba lo contrario, no era mi pájaro ni era una mascota, era... En realidad, no sabría cómo explicarlo. Giré para confrontarlo, pero descubrí que se trataba de un gato, mirando al ave con evidente deseo de predador. Aceleré el paso para prevenir una tragedia y respiré aliviado cuando se cerró la puerta.

Me senté frente a la pantalla y observé el reflejo, borroso y distinto al del espejo. Por primera vez me pregunté por la especie del inquilino haciéndome hogar en la cabeza, así que pasé el tiempo buscando en internet, pero resultó agotador: las descripciones hablaban de coberturas supra caudales, manchas astilares y un montón de términos que no tenía ni tiempo ni ánimo de comprender. Dejé de buscar y el pajarillo lo celebró con un canto.

En la tarde, mientras caminaba al paradero del bus, me crucé con un grupo de chicos saliendo de la escuela. Varios de ellos se quedaron mirándome, incluso algunos me señalaron. Primero el gato y ahora esto... ¡Ahí quedaba mi última esperanza de que fuera una alucinación! El pajarillo era real. Aceleré el paso y me dirigí a una tienda de sombreros. El sonido de la campana atrajo la mirada del vendedor, que alternativamente miraba mi rostro, el ave y la jaula. Sin duda le costaba entender la situación, pero en un despliegue de profesionalismo, mantuvo el aplomo en cada momento.

—Busco un sombrero —dije.

—Está usted en el lugar correcto —respondió—, ¿pero busca un sombrero para usted o para el ave?

—Para mí, por supuesto.

—¿Y lo desea para resaltar, o para disimular?

No supe responder. Improvisé un —aún no me decido—, tratando de ganar tiempo, y terminé con un —por ahora sólo estoy mirando—, forma diplomática de decir que no iba a comprar nada y pedir ser dejado en paz.

Antes de irme y sin saber qué haría con el pájaro, di una mirada sobre los productos de la tienda. Me gustó un sombrero de bombín. No lo saqué del maniquí, ni hice amago alguno de ponérmelo, pero el ave no hizo ningún sonido y, juro, me miró con desaprobación, aunque no me clavó las uñas. Tenía razón, claro está; la jaula no haría juego con el sombrero.

\*\*\*

Cuando conocí a Laura el pájaro llevaba ya varias semanas sobre mi cabeza. Había construido un nido improvisado con mi pelo y sus permanentes jalones amenazaban con dejarme calvo. Trabajaba como asistente de contabilidad en el sexto piso y, no recuerdo el motivo, la enviaron a mi oficina a buscar algo. Fue ella quien me preguntó por el pájaro.

—Es bonito —dijo.

—¿Qué cosa? —pregunté.

— El passeridae —respondió.

—¿El qué?

— El pájaro —dijo, señalando mi cabeza.

—¡Ah! El pájaro —dije.

Laura veía al ave con la atención de los ornitólogos. Por sus preguntas era evidente que algo de pájaros sabía y yo le respondía, fascinado, con una honestidad que me resultaba refrescante. Siempre he sido de carácter reservado, pero para ella no tenía silencios ni secretos.

Mientras Laura nos miraba, yo la miraba a ella. Quiso saber cuánto llevaba anidando en mi pelo y me pidió la historia de cómo había llegado. Le preocupaba la jaula, pero le expliqué que él mismo la había traído. Entonces se entristeció y me dijo que a veces los pájaros sufrían una suerte de apego por las cosas y los lugares, y luego no podían alejarse mucho. Le ocurría con frecuencia a los cuervos, por ejemplo, o a otros pájaros con zonas más o menos amplias de pastoreo y alimentación. Hasta donde ella sabía, no ocurría con los passeridae. Quiso saber sobre la comida y le dije lo de la fruta. Quise reservarme el comentario sobre los gusanos, pero igual lo dije y ella lo entendió perfectamente. Comenté que, creía, incluso había ganado peso. —No peso exactamente— aclaré, porque sobre mi cabeza no se sentía diferencia alguna, pero sí podía afirmar un incremento en su tamaño. Me preguntó si cantaba y le dije que lo hacía, todas las mañanas en la ducha.

—¿Ducha? —preguntó ella.

Le expliqué, mientras abría sus ojos como platos. Le conté que nos bañamos en la mañana y que el pájaro cantaba. Confesé que había aprendido su canto e incluso agregué lo de la segunda voz y lo de que nuestra ducha se estaba tardando más de lo esperado entre canto y canto, y ella, por primera vez, me dejó escuchar su risa. Me pidió cantar la canción, pero consideré más adecuado silbarla. El pajarillo escuchaba atento, sin hacer ningún sonido.

—¡Qué bonita! —comentó ella.

\*\*\*

Con los días empecé a notar sus particularidades. Su cuerpo, menudo, me recordó en cierta forma al pajarillo. Era pequeña y delicada, con nariz ligeramente aguileña. Su boca se estiraba algunas veces cuando esperaba una respuesta y, en algunas ocasiones, giraba su cara levemente hacia un lado al mirarme. Comencé a buscarla con frecuencia. Aprovechaba mis

descansos para ir al piso de contabilidad con excusas peregrinas. La buscaba en el comedor de la empresa, en el ascensor que subía a contabilidad. Me descubrí pensándola a todas horas, pues el pájaro siempre piaba cuando yo pensaba en verla.

Un día me atreví a preguntarle qué pensaba de un hombre con un ave sobre la cabeza. Me dijo que había conocido hombres con una piedra en los riñones, otros con hielo sobre el corazón, un par con piojos en el pelo y algún otro con mala leche en todo el cuerpo. Frente a eso, yo era toda una mejoría.

—Además —puntualizó—, uno no sabe qué es lo que las personas tienen en la cabeza. Mejor estar con un hombre llevando un passeridae que con uno cargando sobre sí a una mujer distinta.

Me enamoré irremediablemente, y creo el pajarillo lo resintió. Pasé un par de noches en vela y la pobre ave tampoco logró conciliar el sueño. No salía del nido que había hecho en mi pelo y se pasaba los días así, entre dormido y despierto. Ni siquiera parecía disfrutar el baño como antes.

Le confesé a Laura mi preocupación y ella me miró condescendiente.

—El ave no está enferma por falta de sueño. En realidad, parece estar bastante sana y bien de peso para los huevos que acaba de poner.

—¿Huevos? —respondí.

Corrí a buscar un espejo. Me costó muchísimo, pero al fin pude verlos. Cuatro huevecillos pequeños en la base del nido. Me sentí padre por primera vez, y también me sentí prejuicioso. En mi cabeza aquel pájaro era macho y yo nunca me había cuestionado sobre su género. Ahora era evidente que era hembra, claro, y además iba a ser madre. El padre no era yo, o por lo menos eso creía, pero también eran en cierta forma míos. Así los sentía. Pensé en una frase vieja: “Los padres no llevan a los hijos en el vientre sino en el corazón”. En mi caso los cargaba en la cabeza.

Laura prometió ayudarme a cuidarlos. Me enseñó un poco sobre maternidad avícola y me advirtió sobre las cosas que debía esperar. Me ayudó,

incluso, a preparar las primeras raciones de alimento para los polluelos. Como era lógico, una cosa es la paternidad de libros y otra la real.

Pasé varias noches de insomnio pensando en los polluelos. Reí y lloré al escucharlos piar. Se trataba de cuatro pichones. Entendí que el amor de padre hace ver a los hijos hermosos. Honestamente eran feos, desplumados y con poca gracia. Solo mi cariño de padre me permitía verlos lindos. Me comprometí a ser un buen modelo para ellos.

Lo primero fue sacar vacaciones de la oficina. No quería asomarme por donde estaba ese maldito gato. Lo comenté con Laura y ella prometió venir a visitarme. En la seguridad de mi casa pensé en quitar la jaula. El pájaro en mi coronilla (sigo diciendo él, aunque sé que es una ella) estuvo de acuerdo y cantó cuando lo hice. Supongo, lo sabía necesario para enseñarles a volar, y quizás por eso canté yo, celebrando su idea.

Seguí su aprendizaje del vuelo con una mezcla entre miedo y alegría. Fueron semanas muy bellas y en ellas aprendí tanto sobre el vuelo como aprendieron ellos. Laura vino varias veces a verlos volar conmigo. Me reía viéndola abrir los brazos y en algunos momentos pensé que también ella lo lograría.

Una mañana los vi alzar el vuelo por última vez. Pensé que volverían en la noche, pero no lo hicieron. Madre e hijos se alejaron unos días antes de la llegada del invierno. Es lo normal, lo sé, pero no me quita la tristeza.

Laura también se fue por esos días. Cuando los pájaros se fueron dejó de buscarme. Pregunté por ella en la oficina, pero resultó que había renunciado. —Es lo normal con los pasantes—, me dijeron, pero igual me sentí mal. Nunca volví a verla y me consuelo pensando que ella también era un ave escapando del invierno. Cuando estuvo conmigo me regaló la primavera.

Hace unos días fui a la tienda de sombreros, dispuesto a comprar el de bombín. El vendedor me reconoció y me preguntó por el pájaro. Le conté la historia y terminé llorando al decirle que se había ido. Él me miró y, mientras empacaba el sombrero, me dijo sabiamente que aquello siempre ocurre con los pájaros de estación.

# Agripina

Miguel Echavarría Vásquez

En la noche una mujer despertó en medio de una jaula.

Estaba desnuda. Parecía perdida, confundida, y asustada. Sentía que algo le había pasado. Tenía frío, sus huesos estaban entumecidos y al retorcerse sintió un dolor en las piernas, como si hubieran crecido nuevos huesos entre sus rodillas. Se puso en cuclillas para taparse del frío y alcanzó a ver que sus brazos no tenían pelo.

Se levantó con dificultad, apoyando las manos en el piso.

No sabía qué le pasaba. Solo quería tener algo que le diera más calor, y alguien que le hiciera compañía.

Había pasado su existencia dentro de una jaula seca y oscura, en la que brincaba de un lado a otro todos los días. Solo tenía unos barrotes de hierro que daban sombra y la separaban de las personas que iban a verla. Las personas eran insoportables.

Cada día centenares de colillas de cigarrillos caían como hojas a su alrededor. Se mantenía sitiada por un montón de semillas de fuego que le quitaban el aire lentamente. Para defenderse les tiraba los restos de su comida. El único que se preocupaba por ella era Wilber.

Wilber era un nuevo celador. Todos los días le limpiaba su jaula, le llevaba comida y se la daba en la palma de su mano. La acariciaba, e incluso metía sus dedos entre su pelo y le sacaba las pulgas. Agripina se había encariñado con él como un perro al que le acarician la barriga.

Una noche, cuando el zoológico iba a cerrar, Wilber llegó a su jaula. Dejó unas llaves en una esquina y se acercó a la chimpancé, sin mirarla. Agripina logró ver que Wilber se tocaba los pantalones, dejando ver que tenía una cola entre las piernas, dura y pálida, con una punta redonda y rosada.

La criatura lo miró confundida. No entendía si estaba enojado, si había hecho algo malo, o si simplemente quería jugar con ella. Al final hizo una de las cosas más desquiciadas que Agripina hubiera visto. La agarró de los hombros y pegó sus labios contra los suyos. Después de un rato metió sus manos entre el pelo de la chimpancé y la cogió de la cintura. Antes de que Agripina pudiera lanzar un gruñido sintió que tenía algo metido entre sus piernas. Wilber se movía con fuerza contra su cuerpo, mientras que Agripina se quedó pasmada, porque había algo entre sus entrañas que fluía cuando esa colita pálida y rosada estaba dentro de ella.

Desde ese momento Wilber solía despedirse de Agripina metiéndole su cola entre las piernas. Aunque al principio chillaba mientras que el celador metía sus manos entre su pelaje se fue acostumbrando, hasta que sentir su cola dentro de ella se volvió algo frecuente.

¿Wilber podría ayudarla? ¿De pronto sólo era un problema que con una inyección se iba a solucionar? ¿Volvería a estar bien?

La criatura llevaba varias semanas comiendo más que de costumbre. Su cuerpo se estaba volviendo cada vez más pesado, tenía un genio cada vez peor, y no aguantaba las ganas de hacer popó y de vomitar. Creía que alguna de las personas que trabajaban en el zoológico la recogería, que la llevarían a observación, pero nadie lo hacía. Siempre se quedaba con Wilber, era el único que la cuidaba, y que limpiaba su jaula como si nada pasara. Esa tarde, antes de irse, Wilber le había metido algo en la boca que la dejó dormida por muchas horas hasta despertar sintiendo la angustia entrar en su cuerpo pelado.

Caminó con dificultad, en cuclillas, apoyándose contra los muros hasta llegar a la puerta. La agarró y la zarandeó como un preso pidiendo justicia. Buscaba tumbarla, romper los muros, por lo menos hasta que alguien llegara, pero sintió una cosa rugosa fuera de la jaula. La sobó y recorrió, y se dio cuenta de que esa cosa se movía, hasta que se zafó.

La puerta estaba abierta. La mujer huyó como pudo, caminando con torpeza, agachada. Daba vueltas alrededor, mientras veía las otras jaulas, pensando que era la primera vez en que ella estaba fuera de una.

Estuvo dando vueltas alrededor de las oficinas, de las cafeterías vacías, de la clínica veterinaria, de los nidos y de los corrales donde guardaban a los animales en una exposición eterna, hasta que encontró una casa grande y vieja en el centro del zoológico.

Agripina fue hasta la puerta y trató de abrirla varias veces, pero era inútil. Después de un rato buscó una ventana y encontró una cubierta de rejas al otro lado de la casa. Se colgó de las rejas y las sacudió hasta que las rejas cayeron sobre el suelo.

Agripina saltó dentro de la casa. Mucho tiempo atrás estuvo habitada por una señora, pero ahora era un lugar donde los trabajadores guardaban las máquinas.

Aunque ya nadie vivía allí parecía que una familia entera seguía dentro de esos muros. Había varias mesas y adornos alrededor, cuadros colgados en las paredes y un espejo de cuerpo entero contra un clóset. Se acercó lentamente y vio que era otra, tal y como lo esperaba.

Era más alta que cuando estaba llena de pelo, pero seguía siendo bajita para ser una mujer. Tenía unas tetas gruesas y voluminosas, y el vientre hinchado y redondo. Su piel era del color de la madera de algunas de las cosas que había dentro de esa casa, y el pelo que había tenido por todo su cuerpo solo le quedaba en la cabeza, negro, largo y encrespado.

La mujer se puso a dar vueltas por el cuarto. Mostraba sus dientes como si estuviera sonriendo, pero no era una sonrisa, era una mueca de miedo. Sin embargo, también parecía consciente de que ahora era una persona, de

las que salían y tenían casas, que comían lo que quisieran, que conocían el mundo fuera de un zoológico.

Se metió dentro del clóset y una muda de ropa le cayó sobre la cabeza. Era un uniforme de los trabajadores. La mujer trató de ponérselo, pero le quedaba grande. Sentía que los pantalones se iban bajando, pero no se daba cuenta, pues tenía tanto sueño que se acurrucó contra el suelo y se quedó dormida.

Un rayo de luz le pegó a Agripina en la cara. Era de día. Había pasado varias horas escondida. Miró la puerta y logró ver una silueta que iba hacia la casa. Era la figura de un hombre.

Iba vestido con un uniforme como el que ella estaba usando, pero a él no se le caían los pantalones, y las mangas de su camisa no se veían más largas que sus manos. Era un poco más alto que ella, delgado, de piel morena como de cartón. Era Wilber.

Llevaba una vara larga entre las manos y miró a Agripina confundido. Ella se levantó lentamente y le estiró una mano, tratando de buscar su cariño, pero el hombre hizo una mueca de fastidio y se corrió para atrás.

—¡Oiga, vieja, no me toque! —gritó Wilber, pegándole una palmada a la mano de Agripina.

La mujer lo miró asustada, confundida, ya sabía que el celador no la iba a ayudar. Agripina salió del cuarto lo más rápido que pudo, mientras que Wilber la perseguía tratando de pegarle con la vara.

Llegaron a una de las piezas, en la que estaba la ventana abierta. Antes de que el hombre la cogiera saltó por la ventana.

Corrió hasta llegar a una reja que del otro lado tenía una acera. Trepó con dificultad y saltó a la calle. Su pantalón quedó colgado entre la reja. Agripina lo jaló y logró zafarse, aunque la bota de la pierna derecha quedó rota.

Se sentía indignada. Wilber había sido muy cariñoso con ella, siempre la había mimado y ella siempre fue muy dulce con él, incluso dejó que le metiera la cola. Y ahora que era una persona, él la despreciaba y la maltrataba.

Otra vez estaba sola. Pero en el mundo más allá del zoológico. Esperaba que pudiera llegar a algún lado. Buscaba cómo sobrevivir, aunque no sabía cómo, ni dónde estaba ni qué podría hacer.

La tierra más allá del zoológico se veía gris. Había unos animales de colores que cruzaban por grandes caminos. En las orillas se cruzó con mucha gente, pero no era como la que iba a verla al zoológico, esta gente se veía perdida en vida, escuálida y maloliente. También vio que otro tipo de gente caminaba por esas mismas calles, del tipo de los que irían al zoológico, y esa gente evitaba a la otra.

Buscó algún lugar para conseguir comida o ropa nueva, pero no sabía qué hacer. Cuando se acercaba a las pocas personas que veía estas la evitaban, la miraban con miedo. Sentía su estómago retumbar del hambre. Cada vez más se le dificultaba caminar, hasta que se desplomó en la acera.

En la esquina había una caneca de basura. Olía a comida, incluso olía a algo fresco. Se paró y fue en cuclillas hacia el olor. Alguien había botado varios vegetales. Agripina agarró entre sus manos todo lo que pudo y se lo zampó, como si solo existieran ella y la comida.

Dentro de la basura encontró muchos otros paquetes que olían a comida. Estaban entreabiertos, y un poco sucios, pero lo que había ahí estaba bueno. Todo lo que fue capaz de coger lo guardó dentro de su ropa.

Apenas terminó de comer sintió algo en su barriga, algo que pataleaba, que se escurría dentro de su panza como un pez.

El cielo se había cubierto de nubes plomizas y la gente que se refugiaba en la calle se escondió bajo las esquinas. Agripina no alcanzaba a ver por qué, hasta que le pegaron unas gotas de lluvia.

De un momento a otro las calles se llenaron de agua y se convirtieron en ríos. Se metió por un callejón desierto y encontró un parque solitario.

Sentía que algo trataba de salir del estómago, algo agrio que pasó de su estómago a su garganta, hasta que por fin salió disparado por la boca.

Un charco maloliente cayó a sus pies y sintió que algo más se revolvía dentro de su estómago. Eso que se movía pataleaba, se escurría en sus entrañas. Se dio cuenta de que lo que estaba dentro de su vientre, tan grande y redondo, luchaba por vivir igual que ella.

Las lágrimas fueron cayendo por la cara de Agripina. Estaba perdida y sola en el mundo, en un mundo que nunca sería suyo. Ella también era otra de esas personas escualidas y malolientes.

Ahora tenía algo metido que estaba creciendo y que no se sentía capaz de tener.

El cielo se volvió a oscurecer. La pobre mujer buscó algún otro lugar para quedarse, sin que nada le pasara.

Caminó hasta encontrar un edificio solitario, del que salía una espesa nube de humo que le pegaba al cielo. Parecía tan grande como la casa del zoológico, pero no tenía cosas que la hicieran ver como una casa. Había muchos hombres trabajando en manada alrededor de un montón de cajas inmensas y de carros de carga.

Se oyó un golpe sordo, una de las máquinas de carga se había averiado y una caja se cayó. Los obreros corrieron por la caja y ni siquiera se dieron cuenta de que una indigente vestida con un uniforme de zoológico sucio se estaba metiendo dentro de la fábrica.

Agripina encontró unas escaleras desgastadas en una esquina del edificio. Subió apoyándose contra el muro hasta llegar a un balcón mal iluminado.

El piso de arriba estaba vacío. Solo había una caja de cartón llena de sábanas y cortinas en un rincón. Agripina las jaló y formó un ovillo para dormir. Seguía con hambre y con mareo, y cada vez se hacía peor. Lo que llevaba en su barriga se retorció como una serpiente, con tanta fuerza que

Agripina no era capaz de pararse. Estuvo moviéndose como loca, convulsionando y aullando sin cesar. Sus aullidos se perdían entre el ruido de las máquinas de todas las fábricas del sector.

Se sentía cansada, asustada, desesperada. Las luces eran cada vez más borrosas y sintió que lo que tenía se aflojaba entre sus piernas hasta que se derramó entre sus muslos.

Su cabeza se fue haciendo cada vez más pesada, hasta que se derrumbó y cayó desmayada. Antes de quedar inconsciente logró ver que su brazo otra vez estaba lleno de pelo.

A la mañana siguiente un hombre encontró un cuerpo inconsciente rodeado por un charco de sangre. Quedó boquiabierto al ver a una chimpancé gorda y peluda, de pelaje negro y sedoso, y el cuerpo muerto de un recién nacido peludo y deforme. El hombre gritó a sus compañeros:

—Oiga jefe, ¡acá hay un mico metido!

Muchos más hombres llegaron a la esquina y quedaron impresionados al ver a Agripina acurrucada dentro de la fábrica con un bebé muerto.

Agripina logró escuchar a uno de los hombres sentado en un rincón diciendo por teléfono “Encontramos un mico”.

Movió la cabeza y se quedó dormida. Sabía que ya volvería a casa.

# Animal Planet

Paula Andrea Gaviria

*Un poema es un animal, dijo Aristóteles.*

Uno se imagina desde la infancia  
desde que juega con animales de plástico  
que el amor animal es solo una batalla  
entre animales domésticos y extintos  
ambos bien ubicados a cada lado de la mesa de juegos  
el oso de peluche se prepara para la lucha con el Tiranosaurio Rex  
todo puede pasar cuando se juega con espejos  
que reflejan el amor animal  
este que no sabe de especies  
que no sabe de eras  
un amor animal que se hace diversión  
hecho de colmillos y de garras

Cae el amor animal  
cuando la mentira rasguñó su cuello  
mi animal ficticio  
agazapado como hiena  
sonríe ante la tregua  
atascado de odio  
fingiendo su muerte

Pero el amor animal  
tiene alas de puercoespín  
plumas de cobra  
animalista solitario  
picotea, picotea el viento  
nido a nido se desgrana  
como gallina a punto del degüello  
el polvo del vuelo se hace alimento  
preso del trino silencioso  
de los que todavía aman

Se atrinchera el amor en las mañanas  
para hacerse animal doméstico  
guardián  
parásito del miedo  
una modesta aguamala  
una gota transparente del mar

Amor hecho apego  
que se lame las heridas  
que extiende su pelaje en la sabana  
que separa los reptiles gigantes  
de la soledad  
de los miles de pingüinos que migran  
de la mirada antártica  
de los que se creen desamados

Mídase el amor por especies  
por su grado de endemia  
mídase su descendencia extinta  
mídase el amor por su nomenclatura zoológica  
todo el amor es un bestiario  
una red atrapa coyotes  
criaturas de sexo  
que alucinan en aullidos

Disfrazado de animal doméstico  
el amor es un zoológico de animales tristes  
lanza sus escamas y sus vísceras, se reproduce  
para multiplicar los peces  
entre corales  
entre algas  
escondido en caparazones  
el tiburón martillo de la rutina ataca

desata el terror  
y el deseo se larga como liebre  
a su red de madrigueras invisibles

El verdadero amor animal es un amor a solas  
libre de mordiscos  
una oruga, un renacuajo  
animal amor a cuatro patas  
colgado como chimpancé de los recuerdos  
rodeado de moscas  
zigzagueante serpiente del Paraíso

Un insecto amor polinizador  
zumbará en tu oreja  
escúchalo ahora  
ese animal de plástico  
volando, galopando  
en la selva de tu mesa de juegos  
no es más animal humano  
el amor es solo el olor de una especie amenazada  
que juega a vestirse de insecto  
para ser parte del circo de las pulgas

Esta arca de animales  
no deja de ser un oso de peluche  
destrozado por el Tiranosaurio

vemos el planeta animal  
tendido en nuestra mesa de juego  
esperando revivir  
el animal amor nunca muere  
las batallas le darán nuevas luces  
al azul cruel de la naturaleza

Nuestra voz ya no será la de un niño  
que imita la furia y los gruñidos de un animal  
lloramos esos animales  
que ya fueron  
descuartizados  
sin cabeza, sin ojos  
que no soportaron tanto amor  
ni las orgías a las que fueron llevados  
guardados sin duelo en el cajón de los juguetes olvidados

Un animal me roza el pelo y yo  
sin entender..  
lo que es capaz de hacer el amor animal.

# Sobre los autores

## Guadalupe Rivera

Guadalupe Rivera, dice llamarse, pero yo no le creo. Vi cómo me estudiaba desde los años de colegio, cómo caía en embeleso bajo el influjo de mi poder, y desde aquí puedo verle ahora también: pasa de los sesenta, aparenta menos pero ese es un vicio heredado de su imaginación. Camina recio y lento, cojea un poco, ríe mucho aunque es un bicho triste: nosotras, las machacas, lo sabemos, y no hay lugar a engaño aunque te escondas, Guadalupe Rivera, 1.62, Medellín y no Guadalajara, escribiente de medio pelo, azaroso destino de mi historia.

## Agustín Sosa

Mi forma animal se parece bastante a la de los humanos, pero, debajo de la piel, oculto sorpresas.

## Daniel Naranjo

En su casa tenía peceras con tétras y caracoles que proliferaban sin parar. Los caracoles son animales consagrados a Afrodita, así que hay que tratarlos con cariño para evitar su furia. No ha escrito, que recuerde, ni sobre peces ni sobre peceras. Tuvo tres perras y cuatro gatos de quienes se despidió antes de tiempo. Escribió un texto sobre un perro, nada memorable pero muy sentido. Observa pájaros desde su ventana y aprendió a quedarse quieto para que los colibrís beban de su mano. A los búhos los ama desde antes, desde siempre. Escribe sobre pájaros con frecuencia. Su animal favorito es el caballo y su segundo nombre es Felipe, que significa amigo de los caballos. No debe ser coincidencia.

## Óscar Darío Villa Ángel

Cri, cri, cri. Soy el grillo cricricrí. Pegado a la ventana veo a Óscar Darío sentado en el escritorio: lee, piensa y mira mucho rato para las nubes. Le saca cuentos a las teclas del computador. Viene a La Casita los lunes. Regaña a las hormigas porque se comen las flores. Estamos en la cumbre del Romeral, en El Alto de los Gallinazos. Cricricricrí, desde aquí vemos las montañas hasta que se las traga el cielo.

## Pablo Patiño

Los peces olvidaron pronto el sermón de San Antonio en el río. Cuando el príncipe caminó en reversa por su propia sangre, sólo descubrió un patético escudo repleto de patos, como los que Puccini solía cazar. Con P se escribe pez, profeta, parábola, pato, Pablo y Patiño.

## Marta María Peláez Gaviria

Su nombre me suena: Marta María Peláez Gaviria. Es un nombre hasta sonoro, no. Con rima. Claro, sí, ya me acordé. La puedes encontrar cerca. Sigue las huellas que ves en la tierra, esas huellas de botas de cazador. Tal vez te encuentres con una mujer que lleva una capa roja, si la ves, puede que sea ella. Pero ten cuidado, que te topas con el Lobo. Lo detesto. A él le gusta comerse todo lo que toca y ahora está persiguiendo a una oveja y a muchachas a la vez, es insaciable. Pero te cuento, la oveja no es real, es un disfraz, al menos él tendrá pareja en el arca. Ya me acordé quién es ella realmente. Está escribiendo cuentos cortos, algo muy extraño para una abogada. Estudió un Magíster en Antropología, le encanta leer, caminar y usa las habilidades aprendidas en las ciencias sociales para observar y encontrar animales extraños que solo las personas únicas pueden ver, esos animales que, como yo, puede que no lleguen al arca. Hablando de eso, ¿qué hora es? Ay, no. Se me hace tarde ya. Debo arreglar un poco de esta piel tan pálida y, y...

## María Claudia Mejía-Gil

Ella es tan grande como diez gatos unidos, su piel es elástica y tiene muy poco pelo en el cuerpo, solo en el techo, por lo cual no nos dan ganas de morderla. Cuando no está en casa, va a la universidad y allí lee libros, escribe y le habla a otros como ella, elásticos y poco mordibles. Tiene un compañero y una larva, a quienes cuida y no permite que mordamos. Vive en una casa que deseamos para nosotras pero que aún no logramos adquirir.

## Camila Avril

En esta casa vivimos perdidos: la muchacha esa que escribe dice que se llama Camila, pero su mamá, la escucho por teléfono, le dice Mónica. Yo me llamo Rulfo José, pero me dicen Rufino, Gatitolindo, Mordelón. En todo caso, se fue hace unos meses y me dejó con la Nena en una ciudad en la que hace mucho frío, y aunque me llama por teléfono todos los días, y la Nena me tiene gordito, no la perdono todavía. Dice que se fue a escribir

un libro, pero les digo que pueden ser tres y aún no entiendo: si ya tiene un libro que se llama Tal vez a las cinco y yo salgo bellissimo en la portada, para qué quiere más. Salvo que haya más poemas o cuentos sobre mí, que me los merezco todos. Que ya no hable tanto del papá ni de él, que para eso tiene gato.

## Natalia Torres Jaramillo

Nuestra Plaza es el centro de Bogotá. Aquí nació Natalia en el año 2000. Tenemos una red de vigilancia por toda la ciudad y vemos por cada uno de sus habitantes. Hace siete años se fue a vivir a Medellín, pero no fue problema porque allá también tenemos amigas. Sabemos que va a la Universidad EAFIT y estudia música. Tiene dos perros en casa que siempre nos ladran al llegar, entonces es imposible saber mucho más que eso. Sonríe al vernos, sobre todo desde hace un par de meses.

## Carlos I. Echavarría S.

Carlos ha lanzado sus redes en muchas aguas y en todas ha pescado parte de lo que buscaba, pero no se ha conformado con ninguna faena. En 62 años de pesca, paciente pero insatisfecho, me ha buscado en muchos mares y ríos, quebradas tibias en los valles y arroyos helados de montañas en ambos lados del Atlántico en sus largas caminadas. Siempre cargó una cámara para contar historias y ahora que ha visto por fin mi brillo bajo el agua ha tomado también un lápiz. Con un empeño ambicioso espera contar los relatos que todos los peces hemos escuchado en las corrientes donde los hombres navegaron con sus naves y su imaginación, mientras que las mujeres, entre el cielo y el agua, cuidaban la tierra contando las historias de sus pueblos, esperando su regreso. Poco a poco le iremos revelando todos esos secretos antes de su naufragio.

## Alma Escobar

En una colisión exotérmica, dos átomos vencen la repulsión electromagnética que los separa y ocurre la primera nucleosíntesis estelar. Trece mil ochocientos millones de años después en un instante nace Alma. En una fracción de instante escribe un cuento, un poema. Nos escrudriña. Un instante después ya se ha ido.

## Adriana Gómez Mosquera

Llegué a su vida cuando Adriana era diseñadora gráfica, ahora es jubilada y aprendiz de escritora; —el supuesto poema que hizo de mí evidencia su nivel—. Acostumbro a dormir sobre su brazo al ritmo y calor del teclado cuando escribe. Soy su cobija cuando se sienta a leer. Me irrita que me desacomode; me enoja, entonces ella permanece quieta. Gracias a mi compañía le dedica más tiempo al aprendizaje; poco agradece, dice que se encalambra o que está acalorada. Ama viajar. La maleta abierta es pronóstico de abandono temporal; yo me hago el mártir, de nada me sirve, igual se marcha sin temor. Reconozco que cada regreso desata mi curiosidad: nuevos objetos, olores y sabores iluminan nuestro territorio. Yo la observo desde siempre. Soy más que una reducción de pantera. Adriana ahora tiene la certeza de que cuando llegue el momento de la perpetua oscuridad será su ángel guardián.

## Alejandro Cárdenas Gómez

*La ontogénesis de mi asesino.* Ahora se alejaba, paseándose sobre sus gambas, aquel muchacho de diecinueve años que me narró las particularidades de su periplo; viste un luengo abrigo, imprescindible para estas orografías siberianas. Su sendero se cruzó con el mío en el momento en el que él transita el de las leyes, el de la música y el de las letras, y cuando su pasión y filosofía destilan la disciplina del taekwondoka. Seguramente nos encontraremos más adelante y memoraré su nombre: Alejandro, el que me mató.

## TRA

Meow meow meow, meow meow meow meeeow meow. Meow meow, meow, meow meow meowww. Meow, meow meow meow, mew meow. Meow meow meow meow. Miau miau miau miau\*.

\*Nota del traductor: Joven del 2002, nacido en Medellín, prospecto de abogado y amante de la contradicción. Su mundo, aún real, se tintura entre risas de absurdo. Quién sabe, tal vez tenga potencial para más, o termine siendo de lo mismo. Solo el tiempo lo dirá. Estaré ahí cuando hable.

## Daniela H. Zapata

Ahí llega mi prima consentida, la que me cumple todos mis caprichos y yo por eso la sigo a todas partes, a sus bailes, a nadar, a estar escribiendo, leyendo, viendo sus historias de terror o trabajando en su sitio web. Me carga siempre en sus brazos o me lleva en la canasta de su bicicleta playera, al ritmo del rock and roll. Pequeña y alegre como yo, apenas tiene 30, o sea que todavía tengo mucho tiempo a su lado y al lado de Luzma y Sebas, que no nos desamparán.

## Pablo Sierra Saldarriega

A Pablo lo he visto mirándome sentado en el sofá que da al balcón de la casa de sus abuelos, los huerfanitos. Allí lo miro cada que paso por la hortensia. Siempre levanta la cabeza y me mira, y luego se pone a leer y a tomar tinto en lugar de estar haciendo cosas de ingeniero. Luego se pone a hablar de música con su tío, el despalomado; a pedirle comida a su abuelo, nuestro mecenas; y luego se levanta a llevar a su abuelita al casino. Y ya entonces no lo veo más.

## Ana María Cadavid

Ana es un poco rara, anida en la escritura y es feliz cuando cree encontrar ese destello que ilumina una escena y se complace al extremo cuando lo intrascendente se hace relevante y la vida se multiplica por dos, por tres o cuatro... para, finalmente, cacarear como loca. Ridícula. No le paren bolas.

## Isabella Morales Ríos

Yo el pájaro, Isabella mi creadora. Nos parecemos, despelucados todo el tiempo. A ella le gusta crear cosas: historias, ideas y caminos, y de esa creatividad nació yo. Estudió Administración de Negocios y taconeó de aquí para allá, como gallina culeca buscando dónde poner.

Isa siempre se está riendo y usa los ojos, así me doy cuenta cuando algo no está bien. Le gustan las palabras, aunque a veces ellas no gusten de Isa. Eso dice cuando me abraza con nuevas frases de lo que cambiará en mi historia.

## Adela Mesa

No me tengan miedo ni fastidio queridos lectores, solo soy un personaje más en los escritos de esta psicóloga, canosa y aprendiz de escritora. Sé que soy peludo y baboso, y puedo llegar a producir fastidio, pero no pueden negar que le ayudé a la autora a despertar esas emociones ocultas en la pequeña joven protagonista de este cuento.

## Juan Daniel Arias Mejía

Si yo fuera un conejo completo y no un conejo a medias, un conejo que pudiera mirar a la cara al creador de su autor y escribir sobre él, diría que Juan Daniel es un escritor a medias con cuentos a medias. Un tipo que

salta de idea en idea y hasta de carrera en carrera porque ni para estudiar se pudo quedar quieto y pasó de Geología a Comunicación Social. Él por lo menos sí tiene para dónde brincar. Ojalá me hubiera hecho más creativo y con un mayor vocabulario y omnisciencia para que su biografía no se quedara tan vacía como mi mundo, mi autor y yo.

## Julieta Ramírez Rossi

No puedo contar muchas cosas porque apenas la ven a una se arma un gran alboroto, y no queda más que escabullirse de la habitación arrastrándose con rapidez, o esconderse en un rincón donde nadie nos vea. Desde mi escondite vi a una joven tirada en el sofá. En una mano, una manzana que desaparece sin piedad, y en la otra, un libro. Alguien la llama: “¡Julieta! Podés venir un momento”. Julieta cierra el libro, toma una bocanada de aire y, sin responder, desaparece de la habitación. Escucho un escueto “¿Sí?” y continúo arrastrándome.

## Estefanía Roncancio Vergara

Una vez en un sueño, una vez en un trozo de suelo, una vez la vi. Criatura cubierta de pelo, de caminar desairado. Me encontró en unos versos y se empecinó en atraparme, igual que aquel viejo. Al final, cuatro patas corren más que dos. Como al primero, le dejé la vaga sensación de un encuentro.

## Miguel Echavarría Vásquez

Es una de esas personas que se vería dentro del zoológico, con una casa por fuera y pantalones brillantes. No tira semillas de fuego por fuera de las jaulas, y se puede encariñar a él como a un perro al que le soban la barriga.

Tiene 22 años. Toda la vida ha estado obsesionado con los animales, y esta vez decidió hablar sobre mí.

Estudia Literatura y Comunicación Social. Espera en algún momento contar muy buenas historias y encontrar personajes increíbles.

## Paula Andrea Gaviria

La autora es un animal en vía de extinción. Si colocáramos a Paula en una camilla de disección veríamos un alebrije dentro del zoológico de cristal de Tennessee Williams. Polinizadora de primaveras, que da a luz camadas de poemas depredadores. La persigue Andrea, una especie rara con armadura de escamas; la defiende de Gaviria, su dinosaurio, aquel que arquea su cuello y luego salta al aire con sus dientes caninos.

Desnace en abril entre criaturas mil y se alimenta del confeti dorado que produce un animal cuando se arranca de su naturaleza poética.

Este libro se terminó de imprimir en diciembre de 2023,  
cuando los tigres solían fumar

Este libro es una colección de historias multicelulares. En él encontrarán ficciones feroces, cuentos que se resisten a ser domesticados y poemas con pico y plumas, que se elevan por las nubes recordando que alguna vez rigieron sobre la tierra como dinosaurios. Es, en definitiva, una manada de textos que el Grupo Letras, de la Universidad EAFIT, ha pasado los últimos años escribiendo, leyendo, reescribiendo y editando y escribiendo de nuevo para lograr que cada escritor dejara en ellos la huella incuestionable de su especie. Ahora que estas creaciones animales han aprendido a correr, nadar, reptar o volar, es momento de que abandonen el zoológico donde estaban cautivas y lleguen a ustedes, los lectores, los protagonistas de este safari.